



# LA ÉLITE SOCIAL ARGENTINA DEL SIGLO XIX. ALGUNAS REFLEXIONES A PARTIR DE LA HISTORIA DE LA FAMILIA SENILLOSA

Roy Hora \*

## I. Introducción

La historia de Felipe Senillosa y sus descendientes ofrece la oportunidad de reflexionar sobre algunas características de los grupos dominantes argentinos. Los Senillosa se cuentan entre las familias más conspicuas de la élite socioeconómica decimonónica, y su historia coincide en muchos aspectos con la de este grupo social en el primer siglo de vida de la Argentina independiente. Felipe Senillosa, fundador de esta familia en el Plata, arribó a Buenos Aires poco después de la Revolución de Mayo y rápidamente alcanzó los estratos superiores de la sociedad porteña. Sus hijos ocuparon lugares expectables entre la élite de la segunda mitad del siglo XIX, tanto por la posición que habían heredado como por su propio prestigio como empresarios y figuras públicas. En más de un caso, los miembros de la tercera generación de esta familia tuvieron trayectorias menos destacadas que sus antecesores. A comienzos del siglo XX, algunos de ellos ya no se encontraban entre las familias mejor posicionadas de la Argentina, y comenzaban a confundirse con las clases medias altas.

La trayectoria de un grupo familiar está signada por eventos singulares y por tanto irreductibles a toda determinación general. Sin perder de vista todo lo que de azaroso tiene una historia familiar, conviene señalar que, colocada en su propio contexto, una deriva como la que aquí nos concierne contribuye a explicar procesos que afectaron a todo un grupo social. Esta es la perspectiva en la que este artículo busca colocarse. El estudio de los Senillosa ofrece elementos valiosos para entender cómo las clases propietarias de Buenos Aires se vieron afectadas y a su vez reaccionaron frente a las transformaciones experimentadas por la sociedad y la economía argentinas en el siglo XIX y comienzos del siglo XX. En otra parte nos hemos referido con mayor detalle a las estra-

---

\* Universidad Nacional de Quilmes, CONICET. E-mail: rhora@unq.edu.ar. Esta investigación contó con el apoyo de la Fundación Antorchas.

tegias empresariales de varios miembros de esta familia, así como también al contexto en el que les tocó actuar como tales, por lo que en este artículo sólo haremos algunas breves consideraciones sobre estos aspectos de su historia<sup>1</sup>. Este trabajo tampoco se ocupa de estudiar las estrategias familiares frente a las alianzas matrimoniales, la herencia, el acceso a recursos económicos o la formación del patrimonio. En rigor, no adopta una perspectiva analítica centrada en la historia de la familia sino que se propone considerar a un grupo familiar como vía de entrada para abordar aspectos de la historia de la élite socioeconómica. Específicamente, intenta dar respuesta a interrogantes vinculados a la relación –económica pero fundamentalmente cultural– entre este grupo social y la propiedad rural. La historia de los Senillosa permite reflexionar sobre el proceso que dio origen a un conjunto de grandes propietarios rurales en las décadas que sucedieron a la Revolución de Independencia, y sobre las transformaciones que este grupo experimentó a lo largo del siglo XIX. En particular, permite avanzar en la comprensión de la percepción que los integrantes de este grupo tenían de sí mismos, un elemento central a la hora de dilucidar si nos encontramos en presencia de una clase propietaria que puede calificarse de terrateniente, así como de qué tipo de clase terrateniente se trata. En síntesis, a través del estudio de la historia de una familia de élite, este trabajo intenta aportar elementos para la comprensión del proceso de transformaciones sufrido por la élite decimonónica, con especial referencia a la construcción de una identidad terrateniente entre los grandes señores de la pampa.

Conviene hacer algunas breves consideraciones sobre este punto. Durante la década de 1970, la historiografía argentina realizó profundos avances en el análisis de la conformación de la exitosa economía de exportación de la pampa en la segunda mitad del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX. Desde los años ochenta a esta parte, nuevos trabajos contribuyeron a afirmar y sofisticar las interpretaciones presentadas en aquellos relatos generales sobre las características del capitalismo agrario pampeano en su etapa de apogeo, pero sin cambiar sustancialmente el cuadro bosquejado por las narraciones de la década anterior. Desde comienzos de la década de 1980 a esta parte, la historiografía rural de la pampa ingresó en lo que ha sido justamente calificado como un período de “ciencia normal”<sup>2</sup>: aun cuando existen divergencias en torno a diversos temas (el patrón de acumulación dominante entre el gran empresariado, las modalidades de constitución y características del capitalismo agrario, la importancia relativa de los pequeños y medianos productores y sus relaciones con los grandes empresarios, etc.), en líneas generales todos los estudios enfatizan los rasgos capitalistas de la economía del período, así como la existencia de una poderosa y dinámica clase empresarial rural que habría coexistido con una miríada de productores menores, agrícolas y ganaderos, guía-

---

<sup>1</sup> Al respecto, remito a mi “Transformaciones de la élite económica de Buenos Aires en el siglo XIX: consideraciones en torno al ejemplo de los Senillosa”, ponencia presentada en el 5º Congreso Internacional de Historia de Empresas, São Paulo, Brasil, septiembre de 2001, próximo a publicarse en *Hispanic American Historical Review*.

<sup>2</sup> La expresión es de Eduardo J. Míguez. Véase su “El capitalismo y la polilla. Avances en los estudios de la economía y la sociedad rural pampeana, 1740-1850”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, 21:1 (2000), p. 124.

dos a la vez por el objetivo de maximizar el beneficio y garantizar la reproducción de la familia productora<sup>3</sup>.

En estos últimos veinte años, las principales innovaciones interpretativas sobre el mundo pampeano se refieren a un período anterior, que comprende la segunda mitad del siglo XVIII y la primera mitad del siglo XIX. Elaborando las ideas bosquejadas en algunos trabajos pioneros escritos en la década de 1960, numerosos estudios recientes de historia agraria contribuyeron a ofrecer una imagen más nítida del contexto y de las fuerzas que impulsaron el crecimiento económico y demográfico y la expansión de la frontera en el período colonial tardío y las primeras décadas de vida independiente, así como de las características de la sociedad que emergió en ese remoto rincón del imperio español. Estos trabajos han renovado profundamente la imagen de la campaña heredada de narrativas anteriores, que repetidamente subrayaban el peso social y productivo de la gran propiedad ganadera y de una clase terrateniente habitualmente descripta como políticamente poderosa pero carente de dinamismo empresarial. Estos estudios han llamado la atención sobre la importancia muy secundaria de la propiedad rural para la élite tardo-colonial, cuya principal base económica no era la tierra sino la actividad mercantil. Asimismo, han puesto de relieve el grado de autonomía social y productiva de los grupos subalternos. Para algunos autores, antes que una sociedad signada por la presencia de la estancia ganadera, nos encontramos con una sociedad campesina en la que la gran propiedad representa sólo una parte (significativa y de creciente importancia, pero siempre secundaria) del panorama social y productivo de la pampa<sup>4</sup>.

Los estudios recientes han puesto en cuestión la onnipresencia de la estancia y de una clase propietaria de base rural como rasgos distintivos del paisaje de todo el siglo XIX argentino. Sin embargo, uno de los puntos hasta el momento menos tratados por esta literatura se refiere a las características y transformaciones de la élite socioeconómica<sup>5</sup>.

---

<sup>3</sup> Entre los trabajos de referencia conviene mencionar: Roberto Cortés Conde, *El progreso argentino, 1880-1914* (Buenos Aires, 1979); Alfredo Pucciarelli, *El capitalismo agrario pampeano, 1880-1930* (Buenos Aires, 1986); Ezequiel Gallo, *La pampa gringa. La colonización agraria en Santa Fe, 1870-1895* (Buenos Aires, 1983); Eduardo Míguez, *Las tierras de los ingleses en la Argentina (1870-1914)* (Buenos Aires, 1985); Jorge Federico Sabato, *La clase dominante en la Argentina moderna: Formación y características* (Buenos Aires, 1988); Hilda Sabato, *Capitalismo y ganadería en Buenos Aires: la fiebre del lanar, 1850-1890* (Buenos Aires, 1989). Para un análisis de esta literatura, véase Hilda Sabato, "Estructura productiva e ineficiencia del agro pampeano, 1850-1950: un siglo de historia en debate", en Marta Bonaudo y Alfredo Pucciarelli (compiladores), *La problemática agraria. Nuevas aproximaciones* (Buenos Aires, 1993), tomo III; y Eduardo Míguez: "Expansión agraria de la Pampa Húmeda (1850-1914). Tendencias recientes de sus análisis históricos", *Anuario IEHS*, I (1987).

<sup>4</sup> Entre las principales contribuciones se cuentan: Jonathan Brown, *A Socioeconomic History of Argentina, 1776-1860* (Cambridge, 1979); Carlos Mayo, *Estancia y sociedad en la pampa, 1740-1820* (Buenos Aires, 1995); Samuel Amaral, *The Rise of Capitalism on the Pampas. The Estancias of Buenos Aires, 1785-1870* (Cambridge, 1998); Jorge Gelman, *Campesinos y estancieros. Una región del Río de la Plata a fines de la época colonial* (Buenos Aires, 1998); Juan Carlos Garavaglia, *Pastores y labradores de Buenos Aires. Una historia agraria de la campaña bonaerense, 1700-1830* (Buenos Aires, 1999). Evaluaciones de esta producción en los trabajos de Juan Carlos Garavaglia y Jorge Gelman, "Rural History of the Río de la Plata: Results of a Historiographical Renaissance", *Latin American Research Review*, 30:3 (1995), y "Mucha tierra y poca gente: un nuevo balance historiográfico de la historia rural platense (1750-1850)", *Historia Agraria* 15 (Murcia, 1998), y de Eduardo Míguez, "El capitalismo y la polilla", cit.

<sup>5</sup> Para un agudo análisis del problema, véase Raúl Fradkin, "Tulio Halperin Donghi y la formación de la clase terrateniente porteña", en *Anuario IEHS*, 10 (1995), reproducido en Roy Hora y Javier Trímboli

Es comprensible que desde la perspectiva ofrecida por la visión hoy tenida por tradicional (que afirmaba que los atributos fundamentales de la clase terrateniente se habían definido muy tempranamente, y a partir de allí caracterizarían su entera trayectoria histórica), la pregunta por el proceso de constitución y las transformaciones sufridas por la clase propietaria resultara poco menos que ociosa, en tanto los autores que sostenían esta visión consideraban que ningún cambio de envergadura la había afectado a lo largo del decurso histórico. De diversas maneras, los estudios recientes han contribuido a erosionar este paradigma. Sin embargo, hasta el momento se ha avanzado poco en el análisis del proceso de construcción de una élite terrateniente cuya presencia, como ahora sabemos, resulta imposible de rastrear en los años de la Independencia, pero que para fines del siglo XIX constituye una de las notas distintivas y más características de la sociabilidad argentina, a punto de haberse convertido "en el primer estamento del reino"<sup>6</sup>. En cierta medida, el hecho de que los trabajos sobre la historia rural pampeana suelen dividirse entre aquellos que abordan el período tardo-colonial y de la temprana independencia y aquellos que concentran su atención en la etapa de gran expansión iniciada en el último tercio del siglo XIX ha dificultado el abordaje de procesos que, como el que aquí nos ocupa (así como también la transición entre la sociedad campesina del período c. 1760-1830 y aquella que, comenzando por la de la "expansión ganadera" post-independiente, terminó por hacer de la Argentina uno de los grandes exportadores mundiales de productos agrarios), pueden ser encarados productivamente desde una perspectiva que atienda tanto al punto de llegada como al de partida.

Considerando estas circunstancias, el estudio de la trayectoria de una familia de élite que abarca todo el siglo XIX y parte del XX se revela particularmente prometedor. En tanto permite combinar una mirada sobre fenómenos de largo plazo con un estudio de primera mano de un número aceptable de fuentes primarias que hablan de la historia de una familia de élite, este abordaje se presta admirablemente bien para un tratamiento del problema de la constitución de la clase terrateniente, y más en general, de las características de los sectores social y económicamente predominantes de la Argentina republicana.

Conviene señalar, antes de comenzar, que un estudio de los Senillosa como miembros de la élite social se revela particularmente sugestivo precisamente por la calidad de los elementos con que abordarlo. Ello se debe a que su historia puede reconstruirse bien gracias al notable archivo que, con aguda conciencia de su excepcionalidad, los miembros de esta familia coleccionaron a lo largo de tres generaciones, y que luego legaron al Archivo General de la Nación. Esta colección de documentos es la fuente más sofisticada y más completa hoy disponible en los archivos públicos argentinos para introducirse en el mundo de una familia de la élite porteña del siglo XIX y comienzos del siglo XX. La abundante correspondencia allí contenida permite reconstruir aspectos centrales de su universo mental, y, de modo más general, aporta elementos de valor inestimable para avanzar en la comprensión de una historia tan central a la Argentina moderna como poco conocida: la de su élite socioeconómica.

---

(eds.), *Discutir Halperin. Siete ensayos sobre la contribución de Tulio Halperin Donghi a la historia argentina* (Buenos Aires, 1997).

<sup>6</sup> Tulio Halperin Donghi, "Clase terrateniente y poder político en Buenos Aires", *Cuadernos de Historia Regional* V:15 (Luján, 1992), p. 42.

## II. Los caminos del ascenso económico y social en el Río de la Plata revolucionario

Hacia el final del siglo XIX, los Senillosa se veían como una de las familias de mejor linaje de Buenos Aires. Su presencia en el Plata, sin embargo, era relativamente reciente. Felipe Senillosa, el fundador de la familia en América, pisó por primera vez Buenos Aires en 1815. Senillosa había nacido en Valencia en 1790, y siguió, como su padre, la carrera de las armas en el Ejército Real. Sus estudios de ingeniería militar en Alcalá de Henares se vieron interrumpidos cuando, en 1808, fue movilizado con motivo de la invasión francesa a la Península. Senillosa había sido cautivado por el ideario republicano, y es probable que ello lo decidiese, tras caer prisionero en 1809, a ponerse al servicio del ejército francés. Es así que después de realizar nuevos estudios en Nancy, sirvió a Francia en las campañas del norte de Europa. Tras la derrota de Napoleón, Senillosa intentó volver a la Península, pero la España restaurada le brindó un recibimiento hostil, por lo que pronto decidió abandonarla. En Londres, donde se había refugiado, entró en contacto con Rivadavia y Belgrano, que lo invitaron a trasladarse a Buenos Aires; a los pocos meses se embarcó hacia el Plata, apenas cumplido el cuarto de siglo de vida.

Senillosa arribó a Buenos Aires sin más recursos que los saberes que resultaban de sus diversas inquietudes intelectuales. Este capital cultural le resultó de gran utilidad, y gracias a él este joven ingeniero militar ganó rápidamente una posición expectable en la sociedad porteña revolucionaria. En esos años, las destrezas intelectuales de las que era portador gozaban de gran prestigio en el Plata. Hay que recordar que en el siglo XVIII la carrera de las armas no se limitaba a un entrenamiento especializado y constante en el arte de la guerra. En tanto terreno natural de la vida de las élites (a cuyos estratos inferiores Senillosa pertenecía), la vida del cuartel ofrecía, tanto en tiempos de paz como en los largos y tediosos períodos que separaban una acción bélica de otra, un ámbito especialmente hospitalario para el cultivo de otras artes. La república de las letras y el mundo de Marte no se repelían, sino que se combinaban. Y ello era especialmente cierto en esa era ilustrada, en particular en la Francia absolutista y luego revolucionaria<sup>7</sup>. Los cuerpos de ingenieros del ejército napoleónico en los que Senillosa había completado su formación profesional eran un ámbito especialmente hospitalario con las ideas sobre la ciencia y la técnica que se habían desarrollado en la Francia ilustrada, de las que nuestro hombre fue un distinguido cultor, y que también aparecían como formas de distinción legítimas en la sociedad republicana rioplatense.

No sorprende entonces que, en ese tramo de su carrera, sus destrezas intelectuales fuesen el mayor capital de este inmigrante. Siendo un republicano decidido, desde que arribó a Buenos Aires Senillosa intentó mantenerse al margen de los conflictos políticos que dividían a la sociedad porteña, y toda su carrera pública estuvo asociada a los proyectos de afirmación y consolidación de las instituciones del nuevo estado republicano.

---

<sup>7</sup> David Bell. "When the barracks were bursting with poets". *London Review of Books*, 23:17 (Septiembre 2001). pp. 26-27.

Los cargos que ocupó a poco de llegar ya sugieren las líneas principales de este proyecto, e indican bien cómo sus servicios al estado le permitieron ganarse rápidamente un lugar expectable en la sociedad porteña. Senillosa fue nombrado profesor de la Cátedra de Matemáticas del Estado en 1816, director de la Academia de Matemáticas al año siguiente, y catedrático de geometría descriptiva de la Universidad de Buenos Aires en 1822. Un hombre de vasta cultura para los términos del Río de la Plata revolucionario, en esos años también participó activamente en diversos proyectos culturales impulsados por la élite letrada de Buenos Aires: recién desembarcado editó el periódico *Revista Los Amigos de la Patria i de la Juventud*, fue miembro de la Sociedad Literaria y presidente de la Sociedad de Ciencias y de la Sociedad de Medicina, y colaboró en publicaciones como el *Argos* y *La Abeja Argentina*. Senillosa había publicado a poco de llegar a Buenos Aires una gramática castellana que en su momento mereció una nota de felicitación de la Academia Española. Su formación como ingeniero explica, también, su designación como miembro de la Comisión Topográfica y luego como organizador del Departamento homónimo, creado en 1824, y que presidió desde 1827<sup>8</sup>.

La fundación del Departamento Topográfico ilustra la creciente importancia atribuida a la propiedad rural en Buenos Aires después de la independencia. Tras la ruptura del vínculo colonial y la apertura al libre comercio, la economía del Río de La Plata, que giraba en torno a la minería potosina, comenzó a orientarse hacia el Atlántico, y en particular hacia la exportación de productos pecuarios<sup>9</sup>. La producción ganadera, hasta entonces de importancia marginal, emergió como una actividad particularmente dinámica, atrayendo recursos de otros sectores de la economía, y concitando la atención del estado, cuyos conductores vieron en ella la única alternativa para reorganizar no sólo la economía rioplatense, sino también las finanzas públicas. Prueba de ello es que la frontera entre los colonizadores y las tribus indígenas, poco menos que estática a lo largo del siglo XVIII, comenzó a moverse a mediados de la primera década revolucionaria. La ocupación de tierras indígenas se aceleró en las décadas siguientes. Senillosa fue, en varios sentidos, un protagonista de este proceso. A lo largo de la década de 1820, puso sus destrezas técnicas al servicio de esta expansión, impulsada tanto por particulares como por el estado. En el invierno de 1825 encabezó junto a Juan Manuel de Rosas, que hacía las veces de representante de sus primos Anchorena, una expedición de "60 hombres y 8 carretas con víveres" destinada a mensurar los campos que éstos habían comprado en Los Camarones<sup>10</sup>. En el verano de 1825-6 volvió a recorrerlas en una expedición

---

<sup>8</sup> Archivo Senillosa, Archivo General de la Nación, Sala VII (en adelante, AS), 2-5-10; Vicente Cutolo, *Nuevo Diccionario Biográfico Argentino (1750-1930)* (Buenos Aires, 1985), tomo IV, 67-71; Fernando Aliata, "Senillosa, Felipe", en AAVV, *Diccionario Histórico de Arquitectura, Hábitat y Urbanismo en la Argentina* (Buenos Aires, edición preliminar s/f), 360-363. Las obras escritas por Senillosa entre 1817 y 1835 han sido compiladas por Juan María Gutiérrez. Véase Felipe Senillosa, *Obras* (Buenos Aires, 1862).

<sup>9</sup> El estudio clásico sobre este proceso es Tulio Halperin Donghi, "La expansión ganadera en la campaña de Buenos Aires", en Torcuato Di Tella y Tulio Halperin Donghi, *Los fragmentos del poder* (Buenos Aires, 1969). Sobre las contribuciones más recientes, véase la bibliografía citada en la nota 3.

<sup>10</sup> Felipe Senillosa, "Viaje de Buenos Ayres á Camarones", junio y julio de 1825, manuscrito, en AS, 176.

oficial de reconocimiento de las nuevas tierras que encabezó junto a dos cuerpos de ejército al mando de Rosas y Juan Lavalle<sup>11</sup>.

El conocimiento de la geografía de la frontera que alcanzó en estos viajes le permitió hacerse una idea muy acabada de la calidad de esas tierras, que más tarde pondría al servicio de su enriquecimiento personal. Para fines de la década de 1820, gracias a la enfiteusis (un régimen de arriendo de tierras estatales a bajo costo, que parecía diseñado para ingresar en el negocio sin necesidad de inmovilizar capital), ya arrendaba más de 35.000 hectáreas<sup>12</sup>. El momento de comprar en grandes cantidades llegó durante el gobierno de Rosas, cuando este gobernante impulsó una política de transferencia de tierras públicas a manos privadas a bajo costo. En esos años, Senillosa adquirió dos grandes fracciones de tierra ubicadas en la zona de nueva colonización allende el río Salado: unas 9.000 hectáreas en Pila, y unas 33.000 hectáreas en Mar Chiquita (más tarde partido de Ayacucho). Estas tierras poseían abundantes aguadas permanentes, y estaban ubicadas sobre cursos de agua (unas sobre la margen sudoeste del Salado, a la altura del paso del Venado, y otras atravesadas por el Arroyo Chico), por lo que resultaban particularmente aptas para la primitiva ganadería previa a la era del alambrado y las aguadas artificiales, que comenzaría a transformar la campaña en las décadas de 1870 y 1880.

Es preciso señalar, empero, que la actividad rural era para Senillosa sólo parte de un emprendimiento más vasto, que se desplegaba en diversas esferas. Al igual que muchos otros empresarios que se volcaron a la producción ganadera tras la crisis de la independencia, Senillosa complementó sus emprendimientos rurales con inversiones en otros sectores de la economía: comercio de importación y exportación, actividades financieras y mercantiles, construcción y renta urbana<sup>13</sup>. Esta conducta parecía adecuada para sobrevivir en un contexto inestable como el que caracterizaba al Río de la Plata: las recurrentes crisis políticas de la primera mitad del siglo, las guerras civiles y externas, los bloqueos que por largos años sufrió el comercio de exportación, aconsejaban no depender de una única fuente de ingresos. Ello explica por qué, además de sus estancias, Senillosa invirtió parte de sus recursos en chacras suburbanas y propiedades urbanas, y también en la instalación de una casa comercial, ubicada en Buenos Aires, dedicada a la importación y venta de productos extranjeros, especialmente de la Península. Controlaba, asimismo, dos pulperías en la campaña, ubicadas dentro de sus estancias, que, además de la venta al menudeo, servían para acopiar frutos del país (cueros, lana, tasajo, pieles, etc.) para su traslado a Buenos Aires y eventual exportación a diversos mercados del Caribe y Europa. En la década de 1840 Senillosa compró el saladero El Reloj, sumando un nuevo engranaje a sus negocios<sup>14</sup>. A su muerte en 1858, este empresario dejó

---

<sup>11</sup> Diario de la Expedición de reconocimiento de la línea de fronteras, 1825-26, manuscrito, en AS, 176.

<sup>12</sup> Jacinto Oddone, *La burguesía terrateniente argentina* (Buenos Aires, 1967), p. 88. Sobre la enfiteusis, María Elena Infesta, "La enfiteusis en Buenos Aires (1820-1850)", en Marta Bonaudo y Alfredo Pucciarelli (compiladores), *La problemática agraria. Nuevas aproximaciones* (Buenos Aires, 1993) vol. 1, pp. 93-120.

<sup>13</sup> Juan Carlos Garavaglia, "Patrones de inversión y 'élite económica dominante': los empresarios rurales en la pampa bonaerense a mediados del siglo XIX", en Jorge Gelman, Juan Carlos Garavaglia y Blanca Zeberio (eds.), *Expansión capitalista y transformaciones regionales. Relaciones sociales y empresas agrarias en la Argentina del siglo XIX* (Buenos Aires/Tandil, 1999).

<sup>14</sup> M. Churchill a Senillosa, 8 marzo 1854, AS, 2-5-10. Senillosa a Pedro Bernal, 14 junio 1853, AS, 2-5-10. Halperin Donghi, "La expansión ganadera", p. 34.



una fortuna considerable, estimado en unos 800.000 pesos fuertes. Si bien las empresas rurales tenían en ella un peso notable, pues alcanzaban prácticamente a la mitad de su patrimonio, se trataba de una fortuna extendida en diversos campos de inversión. La misma estaba compuesta por estancias y propiedades rurales (48%), chacras suburbanas (1,5%), propiedades urbanas (12,8%), la casa comercial (9,3%), las pulperías (3%), el saladero (7,4%), y dinero en efectivo (16%)<sup>15</sup>.

Detengámonos por un instante en las pulperías de este empresario. Si bien éstas no eran otra cosa que modestos almacenes que servían las necesidades locales desarrolladas al calor de la expansión ganadera en tierras recientemente incorporadas a la producción, de todos modos resultan significativas en cuanto revelan la complejidad de una sociedad rural que ciertas interpretaciones presentan polarizada entre estancieros y peones<sup>16</sup>. El inventario de sus existencias, realizado en 1862, nos informa que ofrecían a la venta más de 200 artículos. Esta diversidad indica el elevado grado de mercantilización de la sociedad pampeana de mitad de siglo y sugiere su complejidad social. Entre estos productos (amén de gran variedad de textiles, vestimentas y herramientas), encontramos tinta, máquinas de café a vapor, vino jerez y copas de cristal. Ello indica bien que no nos hallamos frente a una sociedad rural pobre e iletrada y que las modalidades de consumo de la población rural eran complejas, y que no se reducían a la carne asada, supuestamente el único alimento del gaucho<sup>17</sup>.

La historiografía de las dos últimas décadas ha insistido justamente en la complejidad social y productiva de la sociedad pampeana antes de la gran expansión productiva del último tercio del siglo XIX, poniendo de relieve el dinamismo de ese mundo agrario<sup>18</sup>. En particular, Juan Carlos Garavaglia ha remarcado la importancia de las transformaciones tecnológicas que afectaron a la producción agrícola y ganadera, y ha contribuido a resaltar la complejidad y sofisticación de las estancias y otras unidades de producción<sup>19</sup>. Desde una perspectiva de largo plazo, que comprende todo el siglo XIX, algunos de estos cambios quizá no debieran exagerarse. Es precisamente el carácter muy modesto de las innovaciones experimentadas por la actividad productiva en la primera mitad de siglo lo que ayuda a explicar la supervivencia de la actitud despectiva, heredada de la

---

<sup>15</sup> Sucesión Felipe Senillosa, Archivo General de la Nación, Sucesiones, legajo 8194 (en adelante SFS), ff. 15-25.

<sup>16</sup> Véase por ejemplo, John Lynch, *Argentine Dictator, Juan Manuel de Rosas, 1829-1852* (Oxford, 1981), pp. 92-125.

<sup>17</sup> SFS, ff. 15-25.

<sup>18</sup> La complejidad social y productiva de la pampa ha sido señalada tempranamente por Halperin Donghi en su *Revolución y guerra*, y por Jonathan Brown en su *A Socioeconomic History of Argentina*. Para visiones más recientes, véase Garavaglia, *Pastores y labradores de Buenos Aires*, y Gelman, *Campesinos y estancieros*. Para las décadas centrales del siglo XIX, Sabato, *Capitalismo y ganadería en Buenos Aires*, que sin embargo presenta una imagen más tradicional de la sociedad rural hasta mediados de siglo. El punto de vista que enfatiza el dinamismo del mundo agrario post-colonial ha sido expuesto con convicción por Juan Carlos Garavaglia. Véase, por ejemplo, su "Notas para una historia rural pampeana un poco menos mítica", en María Mónica Bjerg y Andrea Reguera (compiladoras), *Problemas de la Historia Agraria. Nuevos debates y perspectivas de investigación* (Tandil, 1995).

<sup>19</sup> Consúltese, por ejemplo, Juan Carlos Garavaglia, "Tres estancias del sur bonaerense en un período de 'transición' (1790-1834)", en Bjerg y Reguera (compiladoras), *Problemas de la Historia Agraria*, pp. 79-123.



colonia, con la que las élites urbanas juzgaban la vida rural<sup>20</sup>. Senillosa no podía emular a Nicolás Anchorena, que como es sabido, se ufanaba de no haber visitado jamás ninguna de sus muchas propiedades rurales. Pero al igual que el hombre que pasaba por ser el mayor terrateniente de la pampa en las décadas centrales del siglo, Senillosa administraba sus propiedades rurales a la distancia.

La actitud de estos miembros de la élite no debe sorprender, ya que no se distinguía de la del resto de sus congéneres de clase alta. A mediados del siglo XIX la figura del empresario rural todavía no se había desgajado de la más prestigiosa de gran empresario urbano, y la élite porteña se conformaba con ejercer una supervisión atenta pero distante de sus asuntos rurales. Ello se debía, en parte, al enorme peso que todavía tenían las inversiones urbanas en los principales patrimonios del período, incluso entre los habitualmente considerados terratenientes. Para no mencionar más que un ejemplo, de por sí extremadamente revelador, basta señalar que los activos rurales de Nicolás Anchorena (fallecido en 1856 pero valuados y repartidos en 1871), que superaban las 200.000 hectáreas, representaban apenas el 21% de su patrimonio inmobiliario, mientras que sus propiedades urbanas y suburbanas daban cuenta del 79% restante<sup>21</sup>. Aquel que es tenido por el mayor propietario de la pampa era, antes que nada, un gran constructor y rentista urbano. Serían sus hijos Nicolás y Juan los que darían un giro sustancial a los negocios de esta familia, profundizando su carácter rural<sup>22</sup>.

Es razonable que Senillosa, cuya fortuna era más reciente (en rigor un producto de la expansión ganadera), poseyera mayor cantidad relativa de activos rurales que hombres como Anchorena. Pero a pesar de que su fortuna era mucho más pequeña, su actitud frente a la vida rural era en esencia la misma. Si bien Senillosa, a diferencia de Anchorena, no estaba en condiciones de proclamar que jamás había pisado ninguna de sus muchas estancias (un gesto que ha sido interpretado como una manifestación de arcaísmo cuando en realidad no era sino un reclamo de distinción social), de todas maneras compartía con ese gran propietario un profundo desdén por ese mundo poco menos que bárbaro. El carácter primitivo de la vida en la pampa y la simplicidad técnica de la explotación ganadera ayudan a explicar por qué un hombre cultivado y a la vez muy atento a la suerte de sus negocios como el ingeniero Senillosa seguiría siendo, como muchos otros integrantes de la élite, un propietario ausentista hasta el fin de sus días. Senillosa no tenía interés alguno en visitar sus estancias, lo que se advierte bien cuando consideramos el equipamiento de sus empresas rurales. Como era corriente entre los mayores propietarios de entonces, ninguna de ellas poseía comodidades como para alojar a su dueño, menos aun a su familia. El Venado, aquella con mayor cantidad de dinero invertido en mejoras (y a la vez más próxima a Buenos Aires y mejor comunicada que Arroyo Chico), fue valuada a comienzos de la década de 1860 en la suma de 2.200.000 pesos moneda corriente (o su equivalente de \$F 137.500), de los cuales la tierra y el ganado representaban (prácticamente en partes iguales) el 93,3% del valor total, y las mejoras ("po-

---

<sup>20</sup> Para un ilustrativo ejemplo de la visión de ese sector de la élite que era el clero, véase Roberto Distéfano, "Pastores de rústicos rebaños. Cura de almas y mundo rural en la cultura ilustrada rioplatense", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, 21:2 (2000), pp. 8-9.

<sup>21</sup> Sucesión Nicolás Anchorena, AGN.

<sup>22</sup> Véase mi "¿Landowning bourgeoisie or business bourgeoisie? On the peculiarities of the Argentine economic elite, 1880-1945", próximo a publicarse en *Journal of Latin American Studies*, 2002.

blaciones, corrales, alambrado, cueros y demás enseres demostrados en el inventario”), apenas un 6,6%<sup>23</sup>.

Como en otras estancias, sobre todo en las ubicadas en las tierras de poblamiento reciente al sur y al oeste del Salado, en El Venado, aparte de unos ranchos muy modestos, no había mucho más que tierra y hacienda. Si bien la sociedad rural pampeana que estaba tomando forma al calor de la expansión de la producción rural era socialmente más compleja de lo que las visiones tradicionales sugieren, de todas maneras allí no resultaba posible reproducir el estilo de vida propio de la clase alta urbana. Se entiende entonces que la élite social de Buenos Aires de las décadas centrales del siglo careciera de la identificación con la tierra que para entonces caracterizaba a las élites brasileñas o chilenas, cuyos fundos y fazendas ocupaban un lugar más central en su vida social. Como lo ha recordado Tulio Halperin, de forma característica, la imagen que Senillosa tenía de sí mismo enfatizaba su actividad como comerciante urbano. Así lo testimonia, por ejemplo, una carta que este propietario de 40.000 hectáreas de tierras ganaderas le escribía a su corresponsal en Washington en 1850. Allí le informaba que si bien “siempre desempeño graciosamente algunos servicios en los ramos de mi primitiva carrera, tal como geógrafo ya como ingeniero arquitecto, á demás de la tarea de juez y vice Presidente en la alta corte de justicia (que llaman Tribunal de Recursos Extraordinarios) mi principal ocupación es hoy la de comerciante en los negocios de ultramar.”<sup>24</sup>

El ascenso social de Felipe Senillosa fue notablemente veloz. Para 1819 ya había contraído matrimonio con Pastora Botet, una de las fundadoras de la Sociedad de Beneficencia, y desde la segunda mitad de la década de 1820 ocupó por largo tiempo un sillón en la Sala de Representantes de Buenos Aires. A pesar de la amistad que mantenía con Rosas, quizás estrechada en las expediciones a la frontera que compartieron a mediados de la década de 1820, en su momento se opuso, junto a unos pocos federales moderados, a la concesión de facultades extraordinarias al Conquistador del Desierto, con el argumento de que “el orden legal robustece el poder”. Esta manifestación de independencia de criterio de un hombre que siempre se concibió como un “republicano independiente”, resultaba poco habitual en la Buenos Aires rosista<sup>25</sup>. Ella no fue obstáculo, sin embargo, para que Senillosa se contase por décadas entre los notables de la Legislatura (un cuerpo por el que no pareció sentir demasiado respeto, y que calificó de “mero cuerpo consultivo [que] si alguna rara vez habla es relativamente al ramo de hacienda.”)<sup>26</sup>. No sólo su paso por la Legislatura indica que gozaba tanto del reconocimiento de la buena sociedad como del propio dictador: diversos encargos de planes para residencias (entre las que se le atribuye la del propio Rosas en Palermo), edificios y paseos públicos, iglesias y monumentos mortuorios, testimonian su lugar expectable en la Argentina rosista. Descripciones de la alta sociedad del período nos devuelven la imagen de los Senillosa como una de las familias más destacadas de Buenos Aires. Santiago Calzadilla, por ejemplo, los retrata entre “las familias más conocidas del barrio sur”, entonces “el faubourg *St. Germain* de la capital porteña”<sup>27</sup>.

<sup>23</sup> SFS, ff. 10-14.

<sup>24</sup> Felipe Senillosa a Angel Calderón de la Barca, 2 junio 1850, en AS, 2-5-10.

<sup>25</sup> Felipe Senillosa (hijo), *Acontecimientos los más notables de la vida del finado Sr. Dn. Felipe Senillosa, que falleció en 20 de Abril de 1858*, en AS, 161.

<sup>26</sup> Felipe Senillosa a Angel Calderón de la Barca, 2 junio 1850, en AS, 2-5-10.

<sup>27</sup> Santiago Calzadilla, *Las beldades de mi tiempo* (Buenos Aires, 1944), pp. 37, 34.

La carrera de Senillosa no sufrió mayores contratiempos después de la caída de Rosas en 1852, en parte quizá porque durante esos años la misma estuvo puesta más al servicio del nuevo orden que del dictador republicano. Ya mayor, Senillosa no volvió a detentar cargos en las instituciones representativas de la provincia, pero se integró cómodamente en el nuevo clima liberal posterior a Caseros, y fue nombrado en diversos cargos consultivos y honoríficos. Así lo encontramos reorganizando el Departamento Topográfico, y entre el núcleo de fundadores del Club del Progreso, el principal ámbito de interacción social de las élites de Buenos Aires por un cuarto de siglo<sup>28</sup>. También lo hallamos entre los miembros del Instituto Histórico Geográfico presidido por Bartolomé Mitre. Con esta figura central de la vida pública porteña mantuvo relaciones muy cordiales, y sus hijos conservaron hacia Mitre una lealtad que se mantuvo por décadas<sup>29</sup>.

Una aceptación social tan rápida no puede dejar de llamar la atención, e invita a preguntarse por sus condiciones de posibilidad. En rigor, el avance de Senillosa hasta el centro de la élite socioeconómica porteña debe ser entendido en el marco de la crisis del mundo colonial, y en particular, de sus grupos dominantes. El colapso del orden imperial no sólo arrasó con las formas de acumulación sobre las que la élite virreinal había basado su supremacía económica; esa crisis también erosionó sus jerarquías de prestigio y en definitiva la debilitó socialmente, tornándola más propensa a aceptar la incorporación de hombres nuevos, muchos de ellos inmigrantes que arribaron sin fortuna, pero que lograron prosperar en el clima más democrático de la Argentina republicana. Con la Revolución, se aceleró el desplazamiento de un orden social basado en la noción de pertenencia a jerarquías estables por otra, más moderna, que fundaba el prestigio social en la posesión de algún mérito individual<sup>30</sup>. Como la todavía reciente experiencia de los burócratas o comerciantes peninsulares venidos al Río de la Plata en la última parte del siglo XVIII lo sugiere, la élite tardocolonial difícilmente puede ser descripta como un grupo especialmente cerrado. Pero en general, en ese orden marcado por fuertes rasgos estamentales, sólo quienes estaban dotados de un capital político, económico o relacional significativo lograban integrarse en las filas de la élite<sup>31</sup>. En este sentido, lo que resulta notable de la sociedad republicana de la primera mitad del siglo XIX es la facilidad con la que hombres como Senillosa, que llegaron sin otro recurso que su bagaje cultural y sus talentos, lograron alcanzar velozmente la cima de la sociedad porteña, adquiriendo en ella una posición lo suficientemente firme como para sobrevivir a los bruscos avatares del período. Sólo en un contexto de crisis y recomposición de la élite socioeconómica (de sus formas de legitimación tanto como de su base económica) como el que sucedió a la independencia es posible entender trayectorias como la que nos ocupa.

---

<sup>28</sup> Jorge Arturo Scotto, *Club del Progreso. Crónica Histórica* (Buenos Aires, 1902), pp. 5-9.

<sup>29</sup> Cutolo, *Nuevo diccionario*, tomo IV, pp. 70-1; Aliata, "Senillosa", pp. 360-3.

<sup>30</sup> Jorge Myers, "Una revolución en las costumbres: las nuevas formas de sociabilidad de la élite porteña, 1800-1860", en Fernando Devoto y Marta Madero (directores), *Historia de la Vida Privada en Argentina. País antiguo. De la colonia a 1870* (Buenos Aires, 1998), pp. 111-45.

<sup>31</sup> Susan M. Socolow, *The Merchants of Buenos Aires, 1778-1810: Family and Commerce* (Cambridge, 1978); *The Bureaucrats of Buenos Aires, 1769-1810: Amor al Real Servicio* (Durham, 1987).

### III. Los Senillosa y la construcción de una élite terrateniente

Al matrimonio conformado por Felipe Senillosa y Pastora Botet lo sobrevivieron cuatro hijos. Elvira y Carolina, las dos hijas mujeres, contrajeron matrimonio con comerciantes cuyos apellidos revelan también su pertenencia al mundo mediterráneo. Jaime Mayol, el marido de Elvira, descendiente de una familia de mercaderes catalanes, fue socio en el comercio de su suegro por varios años. Mayol incursionó también en la explotación rural, pero fueron los miembros de la siguiente generación quienes volcaron más decididamente sus recursos hacia la actividad rural, abandonando sus emprendimientos comerciales. Su hijo Felipe Mayol de Senillosa, por ejemplo, que había heredado de su madre 4.200 hectáreas en Ayacucho, hizo fuertes compras de tierra en la zona de Tres Arroyos, que alcanzaron unas 21.000 hectáreas. Su otro hijo Carlos Alberto tuvo una trayectoria similar. A comienzos de la década de 1880 adquirió 2.500 hectáreas en Balcarce, y otras 17.000 en el sur de Córdoba, en la zona de La Carlota. Estos hermanos también invirtieron en inmuebles urbanos, tanto en Buenos Aires como en Biarritz y París, pero los activos rurales conformaron el corazón de sus fortunas. Gracias a las abundantes rentas que generaban sus tierras agrícolas y ganaderas, los Mayol disfrutaron de una vida sin apremios: viajaron extensamente, pasaron largas temporadas en Francia, e incluso casaron a alguna de sus hijas con miembros de la nobleza gala<sup>32</sup>. Una calle bautizada con su nombre recuerda, incluso, las acciones de Felipe Mayol como benefactor de la villa veraniega de Biarritz. Felipe también ocupó parte de su tiempo en la escritura. Dio a la imprenta diversos trabajos, entre los que se cuentan poesías y una novela alusivos a su actividad como empresario rural y a su gusto por la temática criollista, así como un volumen de memorias<sup>33</sup>.

Carolina, por su parte, contrajo enlace con Horacio Harilaos, un comerciante llegado del sur de Italia. Harilaos también mantuvo fuertes lazos con la Europa mediterránea, y de hecho falleció en Palermo hacia fines de siglo, cuando se encontraba al frente del consulado argentino en esa ciudad. Al igual que su hermana Elvira, en esa sociedad en la que la subordinación de la mujer parecía un dato inmodificable, la historia de Carolina Senillosa queda opacada por la de su esposo, y nos resulta poco conocida. No sucedió lo mismo con Adela, su única hija mujer. Mientras sus tres hermanos seguían carreras profesionales o comerciales de escasa relevancia, Adela contraía matrimonio en París con Ambrosio Olmos, un político y propietario cordobés que llegó a poseer unas 300.000 hectáreas en Córdoba y La Pampa. Adela alcanzó notoriedad en parte gracias a su prematura viudez, que la independizó de la tutela de su consorte, y le permitió disponer libremente de su enorme patrimonio. Olmos alcanzó una de las mayores fortunas del cambio de siglo, y cuando murió dejó más de 20 millones de pesos, más del 95% de ellos en empresas rurales<sup>34</sup>. Adela heredó un vasto imperio territorial, compuesto por estancias y colonias agrícolas. Por sobre todas las cosas, la trayectoria de la viuda de Olmos como propietaria ejemplifica los rasgos más parasitarios de la élite terrateniente argentina. Para cuando, hacia el Centenario, la expansión de la agricultura mediante el sistema

<sup>32</sup> Sucesiones Felipe Mayol de Senillosa y Carlos Alberto Mayol, Archivo de la Justicia Federal.

<sup>33</sup> Felipe Mayol de Senillosa, **Payador** (Barcelona, 1916).

<sup>34</sup> Sucesión Ambrosio Olmos, AJF.

de arrendamientos había terminado de definir los rasgos que la caracterizarían por varias décadas, Adela se había convertido en una de las principales receptoras de renta de la república. Además poseía el dudoso honor de contarse entre los propietarios que eran habitualmente descriptos como los ejemplos más acabados de codicia y rapacidad. En el informe de 1912 que Ricardo Caballero, Toribio Sánchez y Daniel Infante escribieron para dar cuenta de las razones del conflicto de Alcorta, su nombre integra la lista de los terratenientes ausentistas más egoístas. Juan B. Justo también la recordó algunos años más tarde en la Cámara de Diputados cuando se refirió a los “contratos leoninos” que imponía a sus arrendatarios como “modelos de injusticia social”<sup>35</sup>.

A pesar de las duras condiciones que impuso a sus arrendatarios, la nieta de Felipe Senillosa sobresale entre una clase alta que no se distingue (ni entonces ni ahora) por su desprendimiento o sus inclinaciones filantrópicas. Viuda y sin hijos, piadosa y rica, Adela sirvió con dedicación y energía la causa de la fe católica. Para desagrado de sus familiares, que hubiesen preferido destinar sus recursos a fines menos elevados, durante su larga vida colocó su enorme fortuna a disposición de los emprendimientos típicos que la Iglesia Católica reservaba a las mujeres de su condición. Y lo hizo con un desprendimiento poco habitual. Presidente de la Sociedad de Beneficencia y dirigente de otras muchas asociaciones religiosas, Adela culminó una vida de servicio a la Iglesia donando a la Nunciatura su gran palacio urbano sobre la avenida Alvear (donde se encuentra actualmente la embajada del estado vaticano en Buenos Aires). Por estos servicios, verdaderamente excepcionales entre los miembros de la élite argentina, fue decorada con el título de marquesa pontificia por este estado. Adela fue, junto a María Unzué de Alvear, una de únicas dos argentinas que alcanzó a ingresar en dicha nobleza de servicio, en parte gracias a sus donaciones, en parte quizá también a la relación que estableció con Eugenio Pacelli, a quien hospedó durante la celebración del Congreso Eucarístico de 1934. El poder que le confirió esta relación privilegiada con el que pronto sería Pío XII le permitió, incluso, humillar discretamente a Eva Perón cuando ésta la visitó en su residencia en 1947, como parte de los preparativos del viaje de la primera dama al Vaticano<sup>36</sup>.

La coexistencia de tres generaciones en una misma residencia resultaba habitual entre las familias de élite hasta entrado el siglo XX. En general, eran las mujeres las que al desposarse, se alejaban de su familia de sangre para integrarse plenamente a su familia política. Es por ello que el rastro de las hijas de Felipe Senillosa, y de los descendientes de éstas, se torna opaco tras su alejamiento de la casa paterna. En cambio, el de los hijos varones del ingeniero, incluso después de casados, resulta más fácil de seguir gracias a los papeles familiares. Tras la muerte de Felipe en 1858, sus hijos Felipe B. y Pastor se hicieron cargo de la administración de los negocios de la familia. A estos jóvenes les tocó desenvolverse en un mundo bien distinto del que marcó la vida de su progenitor. En el último tercio del siglo XIX el proceso de consolidación del estado se aceleró, y al mismo tiempo comenzó a definirse un nuevo pacto neocolonial. En ese marco, la economía rural tomó un notable dinamismo, que impulsó en primer lugar el crecimiento y la

<sup>35</sup> *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación*, 1919, Tómo I, p. 59.

<sup>36</sup> *La Nación*, 16 septiembre 1949; *La Prensa*, 16 de septiembre de 1949.

transformación de la economía lanar. Una inversión más sostenida de capital, así como una mayor atención a los problemas específicos de la producción, que creció en complejidad, se volvieron necesarios para asegurar la rentabilidad de una empresa rural<sup>37</sup>. El alza de los precios de la tierra subtiende este proceso. Estas transformaciones ofrecieron un nuevo marco para el desarrollo de la actividad empresarial en la pampa, que habría de dar lugar a la aparición de nuevos tipos de empresarios, y –más lentamente, en especial desde la década de 1880– a una reevaluación del prestigio atribuido por las clases altas a la actividad rural. La segunda generación de Senillosos ejemplifica bien este cambio. A diferencia de su padre, que siempre percibió a la explotación rural como engranaje subordinado de una empresa mercantil más vasta, la conducta empresarial de los jóvenes Senillosos se ajusta mejor al modelo de terrateniente especializado e innovador de las décadas finales del siglo XIX<sup>38</sup>.

Los hermanos Senillosos fueron miembros muy activos de la Sociedad Rural desde sus primeros años de vida, y ocuparon puestos de relevancia en esta institución de terratenientes modernizadores: Felipe B. alcanzaría la vicepresidencia y Pastor haría las veces de secretario a fines de la década de 1870. Felipe B. siempre se mostró más inclinado que su hermano Pastor a hacer pública su vocación de propagandista de la modernización rural. En 1870, por ejemplo, arengaba a sus colegas a través de las páginas de los *Anales de la Sociedad Rural Argentina* afirmando que “muchos son los hacendados ricos que tienen sus estancias cuidadas por el sistema indicado [el de “la ignorancia y la desidia”] y que cuando tienen dinero sobrante, no se preocupan de mejorar las condiciones económicas de sus establecimientos y que se admiran de que su administración y dirección dé a otros una ocupación constante, cuando a ellos les basta con ir a hacer cortar la lana y vender los novillos. Pocos, poquísimos, son los establecimientos en que se saca todo el provecho que pueden y deben dar.”<sup>39</sup> En 1873 volvía a insistir en que “los hacendados que cuidan a la antigua, no pueden ya prosperar, ni hacer producir sus establecimientos en proporción del capital empleado. La antigua estancia con la rutina de costumbre concluyó y los que se empeñan en no seguir el progreso, caro pagan su torpe aberración.”<sup>40</sup> Cuando en las dos últimas décadas del siglo el interés por la modernización ganadera se generalizó entre las clases altas, Felipe B. y Pastor fueron ampliamente reconocidos como verdaderos modelos de empresario rural. En su galería de estancieros destacados, el periódico rural *La Agricultura*, por ejemplo, afirmaba en 1895 que Pastor “claramente... no pertenece á la categoría de los estancieros rutinarios que todo lo esperan de la acción de la naturaleza, sino que es un hacendado inteligente y observador que presta su dedicación á la industria ganadera elevándola al grado de ciencia.”<sup>41</sup> Y otro tanto decía de su hermano, a quien describía como “uno de los estancieros y cabañeros más progresistas, enemigo por principio del empirismo y la rutina, innovador por natura-

---

<sup>37</sup> Sabato, *Capitalismo y ganadería*, pp. 165-168.

<sup>38</sup> Sobre este tema, remito a mi *The Landowners of the Argentine Pampas. A Social and Political History, 1860-1945* (Oxford, 2001), pp. 46-68.

<sup>39</sup> Felipe Senillosa, “Economía rural”, *Anales de la Sociedad Rural Argentina*, VI:11 (1870), p. 344.

<sup>40</sup> Felipe Senillosa, “Economía rural”, *Anales de la Sociedad Rural Argentina*, VII:1 (1873), p. 18.

<sup>41</sup> “Establecimiento San Felipe, en Ayacucho, del Sr. Pastor Senillosa”, *La Agricultura*, 25 julio 1895, p. 572.

leza, anhelando siempre obtener lo mejor dentro de lo mejor, buscando el confort y desechando el lujo estéril.”<sup>42</sup>

Esta prédica modernizadora se fundaba en la propia experiencia de los Senillosa como empresarios. A tono con un sistema de producción ganadera que se volvía más especializado y más intensivo en capital, desde que asumieron la dirección de los negocios familiares, estos hermanos comenzaron a hacer fuertes inversiones para mejorar sus empresas rurales<sup>43</sup>. Los Senillosa se contaron entre los primeros estancieros del Plata en prestar atención sistemática al mejoramiento de sus rodeos, y en 1859 sentaron las bases de una cabaña de ovinos destinada a dotar de reproductores a la empresa de la familia. Para la década de 1870 las lanas y los reproductores de los Senillosa se contaban entre los mejores del país, y la cabaña del establecimiento El Venado comenzaba a comercializar sus productos con marcado éxito<sup>44</sup>. En 1885, Felipe B. fue invitado a prologar un libro sobre *La cría del merino y el cultivo de la lana*, y allí daba cuenta de los resultados de la transformación de su empresa. Senillosa se ufanaba de que en 1858, al hacerse cargo de las explotaciones rurales de la familia, habían encontrado ovejas ordinarias “cuyo rinde era exiguo y de poquísimos precio”. Gracias a sus trabajos, éstas habían dejado lugar a animales que producían no menos de seis libras de lana al año, y que “alcanzan desde diez años a esta parte los mejores precios de la plaza.”<sup>45</sup>

Pastor y Felipe terminaron de dividir sus negocios en la década de 1880. Felipe B. quedó con las tierras del Salado y parte de las tierras de Ayacucho. Felipe concentró sus energías en su propiedad de El Venado, e hizo de ella una de las estancias más renombradas de la pampa. Como muchos de sus pares de las décadas de fin de siglo, Felipe se desligó de los diversos emprendimientos económicos que había llevado adelante su padre, y destinó todos sus recursos a la explotación rural, a punto tal que al morir sus tierras representaban más del 95% de su patrimonio, que superaba los 4 millones de pesos m/n. A diferencia de su progenitor, que nunca había mostrado interés alguno en la vida rural, Felipe fue seducido por este estilo de vida, y erigió en su estancia una gran residencia, “un precioso chalet, estilo suizo” de catorce habitaciones, además de una casa para el mayordomo y otra, “un grupo de cinco piezas, incluso escritorio, comedor y piezas para huéspedes”, donde pasó parte importante de su tiempo<sup>46</sup>. Para comienzos de la década de 1890 Herbert Gibson, un destacado estanciero y experto agrícola, señalaba que “la estancia El Venado se cuenta entre aquellas que honra el país en la que prospera, y su dueño es uno de los más encomiables constructores del futuro de la nación Argentina.”<sup>47</sup>

Después de más de treinta años al frente de El Venado, Senillosa contrató a Pedro Pagés (uno de los primeros ingenieros agrónomos graduados en la Argentina, y presidente de la Sociedad Rural en la década de 1920) como socio administrador, y

---

<sup>42</sup> “Señor Felipe Senillosa”, *La Agricultura*, 21 febrero 1895, p. 169.

<sup>43</sup> “El Venado, del Sr. Felipe Senillosa”, *El campo y el sport*, 18 marzo 1893, pp. 693-694; “San Felipe, del Señor Pastor Senillosa”, *El campo y el sport*, 18 abril 1893, pp. 808-809. “Establecimiento San Felipe”, pp. 571-573.

<sup>44</sup> Estanislao Zeballos, *A través de las Cabañas* (Buenos Aires, 1888), pp. 91-100.

<sup>45</sup> Felipe Senillosa, “La cría”, p. 316.

<sup>46</sup> Sucesión Felipe B. Senillosa, Archivo de la Justicia Federal, legajo 2808, ff. 291, 844-7.

<sup>47</sup> Herbert Gibson, *The History and Present State of the Sheep-Breeding Industry in the Argentine Republic* (Buenos Aires, 1893), p. 206.



crecientemente tomó distancia de la gestión cotidiana de su empresa. En 1889 lo encontramos comprando reproductores en la Exposición Internacional de París, y recibiendo premios por sus productos<sup>48</sup>. Para entonces alternaba su residencia en Buenos Aires y en El Venado con prolongadas estancias en Europa. En esos años finales de su vida, dio mayor amplitud a una serie de emprendimientos que evocan la multifacética figura de su padre. Felipe B. heredó un marcado interés por el conocimiento científico y una elevada opinión del valor de la ciencia, que dirigió en particular hacia una crítica del catolicismo, entonces un declarado enemigo de la ciencia y el mundo moderno. También se interesó vivamente por el espiritismo, al que consideraba una disciplina estrictamente científica que debía desplazar a una Iglesia Católica oscurantista y reaccionaria. De esta inquietud fue producto su *Concordancia del espiritismo y la ciencia*, que reconoció publicaciones en castellano y francés<sup>49</sup>. Como se advierte en su testamento, que desafía los dogmas de la fe, Felipe B. mantuvo estas convicciones hasta el fin de sus días.

Felipe se interesó tanto por la reforma de las almas como por la reforma política. Al igual que su hermano Pastor, Felipe B. siguió siendo, hasta el fin de su vida, un republicano convencido de la necesidad de regenerar un orden político al que describía como fraudulento y corrupto, y que consideraba un obstáculo para la democratización de la Argentina. Este hecho merece destacarse, pues contradice las visiones historiográficas que insisten sobre el carácter esencialmente antidemocrático de los grandes propietarios de la pampa del período<sup>50</sup>. En verdad, al igual que muchos de sus pares del cambio de siglo, Senillosa creía que la sociedad argentina, en particular la sociedad rural pampeana, se encontraba libre de grandes tensiones sociales, y que por tanto un orden político más transparente y menos sometido a la presión oficial no iba a significar un cuestionamiento de los privilegios de las clases propietarias<sup>51</sup>. De hecho, Felipe se manifestó públicamente a favor de un sistema que garantizase la independencia del votante. En una conferencia que ofreció en 1898, reclamaba “el establecimiento del voto secreto, la supresión de los grupos electorales, elemento de presión y de amenaza. El que vá á las urnas á cumplir con su deber, debe ir sólo y tranquilo como iría a su trabajo; debe depositar, consciente de lo que hace, su boleta debidamente controlada, sin que ningún miembro de la mesa receptora pueda saber jamás por quien ha votado éste o aquel ciudadano”<sup>52</sup>. Para Senillosa, el sufragio secreto no haría más que desplazar a los arribistas que medraban gracias a un sistema político corrupto, reforzando la posición de los que gozaban de posición y prestigio social. “Más que a favorecidos desprovistos de las condiciones requeridas, se daría

---

<sup>48</sup> Gibson, *The History*, p. 195; “Señor Felipe Senillosa”, p. 169; Carlos Lix Klett, *Estudios sobre producción, comercio finanzas é intereses generales de la República Argentina* (Buenos Aires, 1900), tomo II, p. 1185.

<sup>49</sup> Para una biografía de Felipe Senillosa, con un detalle de sus escritos, consúltese *Boletín de la Liga Agraria*, X:9-12 (1906), pp. 159-161.

<sup>50</sup> Una formulación relativamente reciente de esta hipótesis puede encontrarse en Waldo Ansaldi, “Reflexiones históricas sobre la debilidad de la democracia argentina, 1880-1930”, en *Anuario*, 12 (Rosario, 1986-1987).

<sup>51</sup> Para un tratamiento más extenso de este problema, remito a en mi *The Landowners*, pp. 88-90, 121-31, 141-46.

<sup>52</sup> Felipe Senillosa, “Actual Estado Político-Social de la República Argentina y Reformas que reclama” folleto de la Unión Liberal, conferencia del 7 agosto de 1898, en AS, 2-6-15, p. 16.

la dirección administrativa á hombres que por su preparación técnica y su intachable conducta, dignamente correspondan á la confianza en ellos depositada.”<sup>53</sup> Fiel a esta visión deferencial de la sociedad argentina, y a la creencia de que formaba parte de una aristocracia republicana que se había elevado gracias a sus trabajos y sus méritos, en varias ocasiones intentó pasar del terreno de las ideas al de la acción. Uniendo sus inquietudes reformistas y anticatólicas, en 1898 impulsó, sin mayor eco, la creación de la Unión Liberal, argumentando que era imprescindible formar un partido abiertamente liberal, por lo que entendía una fuerza anticlerical y progresista. Pocos años más tarde lo encontramos, junto a su hermano Pastor y a otros grandes terratenientes, entre los fundadores del Partido Demócrata, una fuerza antirroquista igualmente efímera.

Felipe falleció en Barcelona en 1906, a los 58 años. Vista en perspectiva, la vida del hijo mayor del ingeniero Senillosa resulta singular por su interés en perseguir objetivos públicos o privados poco frecuentes en el mundo empresarial argentino. En otros aspectos, sin embargo, su trayectoria ofrece un ejemplo de esa figura característica del fin de siglo: el estanciero innovador y progresista que tras asegurarse una fortuna se dedica a vivir de la renta de la tierra. Felipe dejó una sola hija legítima, Pastora Blanca, que heredó el grueso de su patrimonio, en el que destacaban las 9.000 hectáreas de la estancia El Venado, y que se casó con un hombre de sólida posición. También había tenido una hija siendo soltero, Sofía. Esta recibió recursos suficientes a lo largo de su vida como para casarse con un noble francés, el barón de Jessé Levas, y heredó a la muerte de su padre sus tierras de Ayacucho, que entonces alcanzaban a 7.000 hectáreas.

El hecho de que Felipe entrara en el otoño de su vida gozando de un importante patrimonio debe haber contribuido a que en sus últimos quince años se desentendiera parcialmente de la administración de su fortuna, adoptando la posición de un rentista antes que la de un empresario. Como veremos, la historia de su hermano Pastor sería en algunos aspectos bien distinta. Su familia extremadamente numerosa lo obligó a adoptar una actitud que contrasta con el sereno otoño en el que se consumió la vida de su hermano.

Tras la división de la sociedad familiar en la década de 1880, Pastor quedó con la parte principal de la estancia San Felipe, en Ayacucho, que comprendía una superficie de más de 8.000 hectáreas. Al igual que El Venado, San Felipe gozaba de gran reconocimiento, a punto tal que en 1895 obtuvo los precios más altos pagados en Buenos Aires por lanas finas. Sus caballos también eran particularmente renombrados.<sup>54</sup> El semanario *La Agricultura* afirmaba en 1895 que gracias a antecedentes de este tipo “el establecimiento San Felipe ha alcanzado la fama que mercedamente goza y... se le pued[e] en justicia citar como modelo.”<sup>55</sup>

En la primera mitad de la década de 1890, el sector rural atravesó años difíciles, vinculados a una fuerte y sostenida baja de los precios de la producción rural, a la que se sumaron una severísima sequía, y los efectos de la crisis financiera de 1890. Pastor fue uno de los afectados por esta situación. En esos momentos sus hijos mayores pasaban

<sup>53</sup> *Ibid.*, p. 18.

<sup>54</sup> “Establecimiento San Felipe”, p. 572. *La Agricultura*, 3 octubre 1901, p. 743.

<sup>55</sup> “Establecimiento San Felipe”, p. 573.

alegremente por Europa, pero debieron emprender el regreso para reducir gastos. En diciembre de 1890 el joven Juan Antonio, que se encontraba en Francia se lamentaba porque la crisis le impedía estar en Londres "tanto tiempo como en París" y "hacer un viaje en globo con rumbo al centro del continente"<sup>56</sup>. La situación se tornó más difícil en los años siguientes. A fines de 1894 la esposa de Pastor, Elvira Chopitea, le relataba a su hermano las penurias que atravesaban. Las ventas de ganado habían sido especialmente malas, probablemente por la sobreoferta provocada por la sequía y las urgencias de muchos productores: "anoche eran las tres de la mañana y la rueda era en el comedor... se hablaba de irnos al campo por tres años, hasta tanto se compongan las cosas y se pueda ir realizando algo, sin quemar todo ahora por cuatro reales y quedarnos sin nada."<sup>57</sup>

La idea de residir en el campo le hubiera resultado extraña a cualquier gran propietario rural apenas dos décadas atrás. En verdad, el gusto por la vida rural (y la transformación de las rústicas estancias de la pampa en sofisticadas residencias de recreo que la acompañó) es un fenómeno muy tardío, que revela una notable transformación en el mundo de valores de las clases altas. Todavía a mediados de la década de 1880, Emilio Daireaux señalaba que el número de personas que dejaban la ciudad para pasar el verano en el campo era muy reducido. Para entonces, afirmaba este agudo observador de las costumbres de la élite porteña, los porteños de clase alta preferían pasar los calurosos meses del estío en la ciudad o en las quintas de los alrededores, y eran muy pocos los que se trasladaban hasta sus rústicas moradas rurales<sup>58</sup>. Y los que lo hacían, seguramente, eran aquellos que poseían propiedades en las cercanías de la ciudad. Pero pronto el viajar regularmente a la estancia, y residir allí al menos parte del verano, se volvió distinguido. La construcción de una densa red ferroviaria, la afirmación del orden estatal y las transformaciones que experimentó la ganadería en las dos décadas finales del siglo (todas éstas lideradas por grandes propietarios), hicieron posible que las clases altas se desplazaran fácil y cómodamente hasta los lugares más remotos de la pampa, y les permitieron apropiarse simbólicamente de un mundo que hasta entonces habían considerado ajeno y poco menos que bárbaro. En las décadas que van de la primera presidencia de Roca a la Primera Guerra Mundial la campaña asistió a una verdadera fiebre de construcción o ampliación de grandes residencias rurales, así como de gigantescos proyectos de parquización, que acompañaron (y expresaron) la recreación de la identidad de segmentos fundamentales de las clases altas como una clase terrateniente<sup>59</sup>.

El caso de la familia de Pastor Senillosa muestra bien este proceso de afirmación, a veces de invención, de las raíces rurales de las familias más ricas de la Argentina. Desde la década de 1890 San Felipe comenzó a desempeñar un papel central en su vida social. En esos años, la estancia, que sólo era visitada por miembros masculinos de la familia por motivos vinculados a su funcionamiento como empresa, sufrió una gran

---

<sup>56</sup> Juan Antonio Senillosa a Juan Antonio Chopitea, 15 diciembre 1890, AS, 2-5-11.

<sup>57</sup> Elvira Chopitea de Senillosa a Juan Antonio Chopitea, 15 octubre 1894, AS, 2-5-11.

<sup>58</sup> Emilio Daireaux, *Vida y costumbres en el Plata* (Buenos Aires, 1888 -primera edición en francés, 1884), vol. I, p. 130-4. *Standard*, 1 marzo 1882, p. 3; 16 enero 1886, p. 1. Ricardo Hogg, *Yerba Vieja. Episodios históricos y recuerdos del campo argentino* (Buenos Aires, 1940), p. 194.

<sup>59</sup> Véase, por ejemplo, *El campo y el sport*, 24 septiembre 1892, p. 43; *La Agricultura*, 18 abril 1895, p. 316; *La Agricultura*, 30 junio 1898, pp. 385-386. Para una perspectiva más general, véase mi *Landowners of the Argentine Pampas*, pp. 56-80.

transformación edilicia. Los Senillosa, que hasta entonces pasaban los meses del estío en su residencia de Flores, en los alrededores de la ciudad, veranearon por primera vez en San Felipe a mediados de la década de 1890. Para ellos, como para muchos otros terratenientes, se trataba de una experiencia radicalmente nueva: "A mamá y los nenes les ha sentado divinamente el campo. Van ya tres meses que están y no han sentido ni un resfrío siquiera, así que están contentísimos con la estancia, pensando en volver el verano próximo, con más comodidades, puesto que estarán listos los chalets y el nuevo parque", relataba uno de los hijos de Pastor a fines de marzo de 1895<sup>60</sup>. Algunos meses más tarde Pastor señalaba entusiasmado que "este año seguramente se comerá mucha fruta de aquí, del parque, pero después la tendrían no solamente para la familia, sino para todo el establecimiento y aun para la vecindad"<sup>61</sup>. Desde ese año los Senillosa alquilaron y luego vendieron su residencia suburbana y permanecieron regularmente en San Felipe de diciembre a abril, salvo cuando estaban en Europa. En el cambio de siglo, la residencia ya contaba con línea telefónica, electricidad y cancha de tenis, y podía albergar hasta unos cuarenta visitantes<sup>62</sup>. Para entonces, San Felipe tenía una casa principal de 286 metros cuadrados, una capilla de 600 metros cuadrados, una casa habitación para huéspedes de 135 metros cuadrados, así como también otra casa principal, compuesta de 2 chalets de madera de dos plantas, de origen norteamericano. Se trataba de un establecimiento en el que "se ha querido que no falte ninguna clase de comodidades"<sup>63</sup>.

Para las décadas del cambio de siglo, entonces, la vida rural aparecía asociada, por primera vez, no sólo a la esfera de la producción, sino también a la de la recreación. Confortable, bien comunicada, la estancia en la residencia rural se había tornado una experiencia placentera. Esta práctica resulta particularmente novedosa, y sin duda era una forma local del descubrimiento del ocio que se popularizaba entre las clases altas del hemisferio norte. A ella debe haber contribuido el veloz crecimiento que entonces experimentaba la ciudad de Buenos Aires, que creó nuevos incentivos que invitaron a las clases altas a alejarse temporariamente de ese centro de febril actividad (y que también está en la base del éxito del balneario de Mar del Plata). Conviene señalar que, para los Senillosa, el vertiginoso ritmo asociado con la vida en una gran urbe aparecía más inconveniente que amenazante: en 1896, por ejemplo, Pastor le escribía a su hijo Felipe G., que pasaba el verano en la estancia de su tío Felipe, "supóngote muy tranquilo y gozando de ese aire puro y lejos de las impertinencias del campanilleo a la puerta de calle."<sup>64</sup>

Para el cambio de siglo, Pastor Senillosa encaró con su mujer y varios de sus hijos menores dos largos viajes a Europa, lo que nos sugiere que para entonces su situación económica había mejorado. Las deudas que contrajo en los años noventa lo acompañarían hasta su muerte. Lo que es más importante, en esos años del cambio de siglo Pastor debió enfrentar un nuevo problema, de muy difícil resolución: el de ayudar a sus once hijos, que alcanzaban la mayoría de edad, a instalarse en forma independiente. Senillosa se creía en la obligación de dotar a sus numerosos vástagos de medios que les permitie-

---

<sup>60</sup> Ricardo Senillosa a J. A. Chopitea, 30 marzo 1895, AS, 2-5-11.

<sup>61</sup> Pastor Senillosa a Felipe G. Senillosa, 20 junio 1895, AS, 2-5-11.

<sup>62</sup> Pastor Senillosa a J. A. y Julio Senillosa, 3 febrero 1907, AS, 2-6-4.

<sup>63</sup> Sucesión Pastor Senillosa, AJF (13.907), f. 319.

<sup>64</sup> Pastor Senillosa a Felipe G. Senillosa, 13 noviembre 1896, AS, 2-5-11.

sen reproducir el estilo de vida de clase alta que la familia disfrutaba desde los tiempos de Rivadavia. Es probable que si este empresario hubiese tenido una familia nuclear más pequeña, sus últimos años no hubiesen sido muy distintos a los de su hermano. El número de personas a las que sentía la obligación de sostener en niveles de consumo cada vez más altos (que eran los de la aristocracia territorial argentina en su etapa de esplendor) y, en muchos casos, buscarles ocupación, amenazaba desbordar sus recursos, que, por otra parte, no habían sido aumentados sustancialmente con las tierras que su esposa Emilia Chopitea (hija de una tradicional familia del patriciado uruguayo), había aportado al matrimonio, pues éstas apenas alcanzaban a 1.200 hectáreas. En consecuencia, la división del patrimonio entre sus once herederos simplemente hacía imposible que sus tierras siguiesen cumpliendo el papel que hasta entonces había desempeñado como base de sustentación de la segunda generación de Senillosas. Ello tuvo consecuencias económicas, pero también sociales, sobre esta familia.

#### IV. La declinación de una familia terrateniente

Sabemos de los dilemas de Pastor porque en 1898, Eduardo, uno de los hijos, declaró que deseaba estudiar agronomía. Como ya hemos señalado, en las dos décadas finales del siglo XIX, la gestión de la empresa rural había adquirido mayor prestigio que en cualquier momento del pasado y Eduardo, como su hermano Felipe G., se había convertido en “un ardiente propagandista de los estudios agronómicos.”<sup>65</sup> A pesar de que Pastor se veía a sí mismo como un terrateniente modernizador, recibió esta noticia sin entusiasmo. La administración de los negocios rurales de la familia sólo requería, además de la dirección de Pastor, de los servicios de Ricardo, uno de sus hijos mayores, que vivía en San Felipe (se trataba del primer Senillosa que residía permanentemente en la estancia, que hasta entonces había permanecido a cargo de un mayordomo, Pedro Alchourron). Para Pastor, la insuficiencia del patrimonio territorial de la familia condenaría a Eduardo a trabajar para otros y a renunciar a la posibilidad de hacer fortuna. La actitud de Pastor sugiere bien que consideraba que una empresa rural sólo cobraba verdadero sentido si se disponía de una gran explotación, que hiciese posible obtener ganancia (en concepto de retribución a la actividad empresarial) a la vez que renta (en concepto de retribución a la propiedad del suelo)<sup>66</sup>. La posesión de una gran propiedad constituía la base del éxito de una empresa rural, y, además, tenía el incentivo adicional de la valorización a largo plazo<sup>67</sup>.

Pastor no abrigaba dudas sobre el valor de la tierra, a la que prefería por sobre cualquier otra forma de inversión<sup>68</sup>. Esta confianza en el valor de la propiedad inmueble

---

<sup>65</sup> Felipe G. Senillosa a J. A. Chopitea, 17 mayo 1899, AS, 2-5-11.

<sup>66</sup> Este problema ha sido analizado por Ernesto Laclau, “Modos de producción, sistemas económicos y población excedente. Aproximación histórica a los casos argentino y chileno”, *Revista Latinoamericana de Sociología* (1969), V; y Guillermo Flichman, *La renta del suelo y el desarrollo agrario argentino* (Méjico, 1977). También Sabato, *Capitalismo y ganadería*, pp. 163-165.

<sup>67</sup> Pastor Senillosa a Felipe G. Senillosa, 15 marzo 1898, AS, 2-5-11.

<sup>68</sup> Pastor Senillosa a Juan A. Senillosa, 9 abril 1905, AS, 2-6-2.

se fundaba en el fuerte proceso de valorización que la misma había experimentado a lo largo de toda la vida de este empresario. Para Senillosa, sin embargo, este proceso tenía dos caras: al mismo tiempo que incrementaba el precio de las propiedades que ya poseía, se erigía como el principal obstáculo para futuras adquisiciones. Significativamente, todas las compras de tierra realizadas por Pastor en esos años tuvieron lugar no en la pampa sino en zonas nuevas. Pero ya no se trataba, como en los tiempos de su padre, de tierras de frontera de gran fertilidad, sino de calidad inferior, en Salta o la Patagonia, que nunca serían objeto de un marcado proceso de valorización. Como iba a advertirse con el paso de los años, comprar tierras fuera de la pampa podía resultar un negocio atractivo, pero estaba lejos de abrir el camino hacia la prosperidad. Para el cambio de siglo, las condiciones que a lo largo del siglo XIX habían hecho posible la construcción de las grandes fortunas territoriales de la Argentina ya no se encontraban vigentes.

Este fenómeno contribuye a explicar por qué este terrateniente impulsó a sus hijos a ingresar en campos de actividad distintas a la producción agropecuaria de exportación. Desde la perspectiva de este empresario, fuertemente identificado con el sector rural, pero también abierto a la innovación, áreas como la producción industrial o la provisión de servicios para el consumo doméstico quizá aparecían como más riesgosas y menos conocidas, pero en cambio ofrecían la posibilidad de obtener ingresos más altos con un desembolso inicial menor. De una pequeña explotación agraria, de “una chacra”, como afirmaba Pastor, se podía sacar sólo un “lírigo provecho”; únicamente una gran explotación rural garantizaba un ingreso sustantivo<sup>69</sup>. Constreñido por su limitada dotación territorial, Pastor Senillosa optó por ayudar a sus descendientes varones a ingresar en actividades que exigían inversiones iniciales menos cuantiosas que una explotación rural en la pampa. Alternativamente, se propuso hacer el gasto necesario para impulsarlos a “seguir una carrera cuyo capital sea su título”.

Veamos, primero, algunos ejemplos de este segundo camino, como el que ofrece Felipe G., uno de los hijos mayores de Pastor. Felipe se graduó como abogado en 1891, y después de un típico Grand Tour por el Viejo Mundo, abrió un estudio con Tomás Le Bretón y Fernando Saguier, sus amigos y compañeros de causa radical. En esos años contrajo matrimonio con Hortensia Cumplido, una propietaria uruguaya, y desde entonces complementó sus honorarios profesionales con las rentas provenientes de las tierras de su mujer. Felipe G. manifestó interés en la vida pública y asociativa. En 1894 ganó una banca en la cámara de diputados de la provincia de Buenos Aires por el radicalismo; tras el primer ocaso de este partido en la segunda mitad de los años noventa, hizo de diversas asociaciones de empresarios su principal campo de acción pública. Fue directivo de la Sociedad Rural Argentina a comienzos de siglo y más tarde presidió la Sociedad Rural de la Pampa, del Neuquén y Río Negro y también en la Liga Agraria. Tras el triunfo radical en las elecciones presidenciales de 1916, este yrigoyenista de toda la vida, amigo de juventud de Marcelo T. de Alvear, fue nombrado director de Agricultura y Defensa Agrícola, y mantuvo este cargo mientras Honorio Pueyrredón y Alfredo Demarchi ocuparon la cartera de Agricultura. Para 1917, sin embargo, Felipe G. se alejó de la función pública y de la figura de Yrigoyen, inclinándose por seguir una carrera judicial,

---

<sup>69</sup> Pastor Senillosa a Felipe G. Senillosa, 15 marzo 1898, AS, 2-5-11.

quizás con la esperanza de mantenerse al margen de los conflictos políticos que dividían al radicalismo y a la república. En 1921 fue designado juez de cámara; permaneció en ese cargo hasta su jubilación en 1938<sup>70</sup>.

Felipe G. se distinguió por su larga militancia en asociaciones empresariales y reparticiones estatales vinculadas al sector agropecuario, y porque a lo largo de su vida logró hacerse de varios miles de hectáreas (en su mayor parte de ellas en tierras patagónicas). De todos sus hermanos, fue quien, a primera vista, pareció continuar con mayor fidelidad la trayectoria de su padre. Al igual que Pastor, insistía en la necesidad de comprar propiedades, y se negaba “a vender ni un palmo de la tierra con la que daré fortuna a mis hijos.”<sup>71</sup> La continuidad entre estas dos trayectorias es, de todos modos, sólo superficial. Felipe G. se convirtió en propietario rural gracias al ingreso que obtenía como profesional del derecho. Al casarse, aumentó su patrimonio con las tierras que su mujer aportó al matrimonio. En verdad, parecen haber sido sus honorarios y su sueldo como magistrado, más que la renta del suelo, los que generaron la parte fundamental de su ingreso. En este sentido, nos encontramos frente a un propietario rural de un tipo distinto que su padre. Para Felipe G., la tierra era un complemento antes que la principal fuente de sus ingresos.

Pastor Senillosa se interesó vivamente por dotar a varios de sus descendientes varones de formación en campos menos tradicionales. Un hombre de progreso, prefirió a Estados Unidos antes que a Europa para darle formación a sus tres hijos que estudiaron en el extranjero. De ellos sólo Julio adquirió una formación profesional, como arquitecto, primero en la Universidad de Cornell y luego en la de Nueva York. Julio fue un arquitecto menos destacado que su abuelo. De todos modos, a su regreso a la Argentina realizaría diversos proyectos de cierta trascendencia, entre ellos el edificio de vivienda conocido como Palacio de los Patos<sup>72</sup>. Al igual que su hermano Felipe G., se ganó la vida como un profesional liberal.

Eduardo y Ernesto no completaron sus estudios en América del Norte. A su vuelta al país, Ernesto recibió ayuda de su padre para iniciarse en los negocios. Muy influenciado por el ideal de alimentación sana que entonces ganaba adeptos en Estados Unidos, Ernesto instaló el que fue quizás el primer restaurant norteamericano en Buenos Aires, e incursionó también en la fabricación de alimentos. Para ello alcanzó un acuerdo con la Natural Food Company, que lo asistió en la instalación de “The Yankees”. Ernesto fue, muy a su pesar, un adelantado a su época. Pronto descubrió que la empresa no estaba a tono con la cultura gastronómica argentina, orientada hacia Europa, y que nunca generaría más que pérdidas. “Tenemos un riquísimo pan, el que nadie por nada cambiaría, y nuestro número de diabéticos [*sic*] y enfermos del estomago es muy reducido”, se lamentaba tras la liquidación de su empresa. Cuando montó su restaurant parecía confiar en que con él obtendría ingresos más altos que con una inversión equivalente en tierra. Tras su fracaso como empresario del rubro de la alimentación, su optimismo era menor,

---

<sup>70</sup> *La Gaceta. Historial biográfico de las fuerzas vivas del país y de los valores de su vida política, económica y social. Año XXVIII* (Buenos Aires, julio 1932), pp. 151-2; *Quién es quién en la Argentina* (Buenos Aires, 1947).

<sup>71</sup> Felipe G. Senillosa a Juan Antonio Senillosa, 5 octubre 1906, AS, 2-6-3.

<sup>72</sup> Anahí Ballent, “Senillosa, Julio”, en AAVV, *Diccionario Histórico*, p. 363.



e insistía en que “no hay más mina en esta tierra, que el campo, y en profesiones: medicina y arquitectura.”<sup>73</sup> A partir de entonces colaboró en la administración de San Felipe, y más tarde se dedicó a negociar seguros y remates.

Ernesto no fue el único hijo de Pastor que fracasó como empresario. En medio de la Crisis del Noventa, Roberto también había perdido una suma aparentemente significativa, y desde entonces vivió endeudado<sup>74</sup>. Pastor también suministró los recursos necesarios para que sus hijos Ricardo y Carlos montaran una fábrica que manufacturaba productos de cemento armado. “The American Cement Construction Company” (así se llamaba la empresa) estaba orientada a satisfacer la demanda generada por el sector rural, y producía tanques, bañaderos, vigas, caños, columnas, galpones, cocheras, casas y otros objetos de ese tenor. Los Senillosa invirtieron el capital necesario para montar la empresa, cedieron la dirección técnica, y se aseguraron la dirección administrativa<sup>75</sup>. Las finanzas de la compañía nos son desconocidas; en sus primeros años la firma parece haber prosperado, y llegó a tener 235 operarios en 1905<sup>76</sup>. Pero luego su rastro se pierde, y por lo que sabemos, los Senillosa se desvincularon de la empresa.

El nombre de la “American Cement Construction Company” indica el interés que los Estados Unidos despertaban en esta familia. A comienzos del siglo XX, el acelerado proceso de crecimiento urbano e industrial que experimentaba el país hizo de la experiencia estadounidense un espejo en el que muchos argentinos desearon mirarse. En el caso de los Senillosa, el interés en Estados Unidos fue estimulado por Juan Antonio, uno de los hijos mayores de Pastor, que pasó varios años en América del Norte, gran parte de ellos como cónsul en Canadá<sup>77</sup>. Este cargo, que no era rentado, fue el inicio de una carrera diplomática que nunca llegó a consolidarse del todo, y que más tarde abandonó. Para equilibrar su cuenta de gastos, que caía sobre las finanzas de Pastor, apenas nombrado cónsul Juan Antonio se dispuso a interesar a empresas norteamericanas en el mercado argentino. Entre muchas otras, hizo gestiones para atraer a empresas frigoríficas y para establecer una fábrica de cemento portland. Estas gestiones no dieron fruto<sup>78</sup>.

Los gastos destinados a hacer frente a las erogaciones de la extensa prole constituyeron un pesado lastre para las finanzas de Pastor. En 1906 les escribía a sus hijos en Estados Unidos invitándolos a moderar sus gastos, y recordándoles a sus vástagos que “no son hijos de Vanderbilt”<sup>79</sup>. Dos años después volvía a solicitarle, esta vez a Julio, que no se excediera<sup>80</sup>. Esta insistencia revela problemas muy graves, vinculados al debilita-

<sup>73</sup> Ernesto Senillosa a Julio Senillosa, 5 octubre 1906, AS, 2-6-3.

<sup>74</sup> Elvira Chopitea de Senillosa a Juan Antonio Chopitea, 28 agosto 1894, AS, 2-5-11.

<sup>75</sup> Ricardo Senillosa a Juan Antonio Senillosa, 7 octubre 1903, AS, 2-5-12.

<sup>76</sup> Carlos Senillosa a Juan Antonio y Ernesto Senillosa, 13 abril 1905, AS, 2-6-2.

<sup>77</sup> Juan Antonio había logrado este nombramiento gracias a influencias familiares. Su designación sugiere que gobierno y oposición no eran compartimentos estancos, ya que fue Hipólito Yrigoyen quien, a instancias de Felipe G., intercedió ante el presidente Roca para obtener el nombramiento. Enterado de este pedido, Juan Antonio, que no sentía admiración alguna por el líder radical, le advertía a su hermano “que no entienda este caballero que esto cohibe mi independencia política, como sería el dármeles de radical pirotécnico. Antes que eso me afiliaba francamente al socialismo.” Juan Antonio Senillosa a Felipe G. Senillosa, 26 julio 1903, AS, 2-6-2.

<sup>78</sup> Juan Antonio Senillosa a Walker (borrador), 4 octubre 1906, AS, 2-6-3.

<sup>79</sup> Pastor Senillosa a Juan Antonio Senillosa, 2 diciembre 1906, AS, 2-6-3.

<sup>80</sup> Pastor Senillosa a Julio Senillosa, 18 julio 1908, AS, 2-6-5.

miento de su principal fuente de ingresos. En el último tercio del siglo XIX, San Felipe se contaba entre las estancias más modernas y prestigiosas de la pampa, pero para mediados de la década de 1900 ya no formaba parte de ese grupo selecto. Esta empresa parece haber sufrido un proceso de desinversión relativa precisamente cuando, tras la Crisis del Noventa, la ganadería pampeana entraba en una acelerada fase de mejoramiento, impulsada por la apertura de las exportaciones de carne refinada. En esos años, las empresas ganaderas requirieron de nuevas inyecciones de capital para renovarse y mantener sus márgenes de beneficio. Pastor Senillosa no logró adaptarse bien a este cambio. Es cierto que su empresa no estaba en condiciones de sacar las mayores ventajas de esta nueva etapa de expansión, ya que sus tierras de Ayacucho no eran las más aptas para el desarrollo de las praderas artificiales favorecidas por las nuevas técnicas de producción de ganado refinado. De alguna manera, el azar aquí se volvió contra Pastor. Las tierras que su padre había elegido con conocimiento y cuidado, especialmente aptas para la ganadería previa a la era del alambrado y las aguadas artificiales, se revelaron menos adecuadas cuando cambió la tecnología ganadera. De todas formas, San Felipe perdió terreno precisamente en aquel campo que hasta entonces había sido su fuerte: la cría de reproductores y haciendas finos, y para mediados de la década de 1900, según afirmaba su administrador, los márgenes de beneficio sólo alcanzaban a la mitad de los esperados. De una explotación que valía \$ 2,5 millones apenas se lograba obtener una ganancia del 5%, unos \$ 125.000 anuales<sup>81</sup>.

La caída de su ingreso no le permitió mantener su nivel de consumo y simultáneamente servir sus deudas, que se irían abultando con el paso del tiempo. Con el objetivo de compensar la caída de su ingreso rural, Senillosa incursionó en nuevas actividades. Así, intentó organizar un banco y una compañía para explotar la paja del lino. La suerte no lo acompañó en estas aventuras, por lo que comprometido por pesadas deudas, se vio forzado a liquidar activos. En 1907 vendió casi toda su hacienda (más de 60.000 animales) y una parte sustancial de la cabaña, y arrendó la mayor parte de su estancia<sup>82</sup>. El dinero obtenido de la venta fue destinado en su mayor parte a saldar compromisos y refinanciar su pasivo. Pastor también les compró a sus hermanas su parte de la vieja casa familiar ubicada en el centro de la ciudad, que, cuando se trasladó con su familia, al año siguiente, a una gran residencia en el Barrio Norte, destinó a casa de renta. Dado que los ingresos por la venta fueron menores a lo esperado, en parte debido a que una fuerte sequía deprimió los precios, poco pudo destinarse a reequipar la cabaña<sup>83</sup>. A partir de entonces, los Senillosa se quedaron con una explotación reducida a menos de 2.500 hectáreas. La renta de San Felipe y de su antigua residencia en el centro de la ciudad les brindaba un ingreso de casi \$ 140.000 anuales, a lo que debe sumarse el ingreso generado por las tierras de Salta<sup>84</sup>.

No fueron pocos los estancieros que en la etapa final de su trayectoria se alejaron de la gestión de sus empresas para adoptar más plenamente la figura del rentista. No es éste el caso que nos ocupa, pues la liquidación de la hacienda y el arriendo de San Felipe

---

<sup>81</sup> Eduardo Senillosa a Julio y Juan Antonio Senillosa, 19 septiembre 1907, AS, 2-6-4.

<sup>82</sup> Sobre la venta, *La Nación*, 27 noviembre 1907, p. 4.

<sup>83</sup> Pastor Senillosa a Roberto Senillosa, 14 octubre 1908, AS, 2-6-5.

<sup>84</sup> Ricardo Senillosa a Roberto y Felipe G. Senillosa, 20 mayo 1908, AS, 2-6-5.

habían sido resistidos por Pastor desde el momento mismo en el que esta posibilidad le había sido planteada por sus hijos a comienzos de 1906. Su renuencia no se debía a motivaciones de índole económica, ya que coincidía con ellos en cuanto a las ventajas de la operación. No se trataba tampoco de un rechazo a la figura del rentista, que para Senillosa, como para muchos de sus congéneres, no se distinguía del todo de la del empresario (lo que revela la centralidad de la renta territorial como modo de apropiación de valor para estos hombres de negocios). En verdad, para Pastor, ser estanciero no era simplemente un modo de ganarse la vida: era asimismo un elemento constitutivo de su identidad. Ello se advierte bien en una carta que su hijo Felipe G. escribió en marzo de 1906. Allí Felipe G. se manifestaba en favor de liquidar el ganado y reducir la empresa, pero sabía bien que su padre se iba a resistir: “¿dejar de ser estanciero? ¡No tener lanas, novillos y capones por miles! Da pena, pero me guardaría muy bien de evitarlo.”<sup>85</sup> Por cierto, Pastor sólo cedió a la presión familiar después de caer gravemente enfermo, y de ser intervenido quirúrgicamente a fines de 1906. Y aún entonces veía el remate de la hacienda como parte de una operación de rescate de su cabaña. Pastor, decía su hijo Eduardo, “quiere que su cabaña sea —y será— una de las mejores del país y que cuando se hable de los productos de San Felipe sea sólo para ponderarlos.”<sup>86</sup>

Esta promesa no se cumplió. La cabaña nunca recuperó su antiguo esplendor, y Senillosa, disminuido físicamente, falleció en su querido San Felipe en la primavera de 1910. Pastor pasó sus últimos años atormentado por la certeza de que no había logrado emular la notable trayectoria de su padre. Su imagen pública, sin embargo, fue otra: la de un destacado empresario rural que había servido con distinción a su país tanto en la actividad privada como en las numerosas comisiones honorarias que desempeñó a lo largo de su vida, entre las que se cuentan su paso por instituciones tan centrales para la vida económica del país como el directorio del Banco de la Nación y la Caja de Conversión. En sus años finales, Pastor fue repetidamente celebrado como uno de los grandes protagonistas de la historia empresarial del país, y su muerte se produjo cuando ocupaba la presidencia de la Caja de Conversión<sup>87</sup>. Al fallecer, Senillosa fue honrado como “una de las figuras más descollantes de nuestro mundo social”, y el día de su entierro la bandera nacional flameó a media asta en todos los edificios públicos del país<sup>88</sup>.

Pastor no había disimulado su orgullo cuando le había anunciado a su hijo Julio, en quien depositaba muchas esperanzas, su designación en el directorio de la Caja de Conversión. En esa ocasión, sin embargo, también había dejado entrever su desazón, pues advertía bien que, pese a tan honroso nombramiento, no se encontraba entre los triunfadores de la economía argentina del cambio de siglo. Pastor se lamentaba de que “otros mucho menores que yo, y cuyos [antecesores] sólo tenían una mano atrás y otra adelante han llegado a colosales fortunas, como Devoto y muchos otros. Es más difícil conservar

---

<sup>85</sup> Felipe G. Senillosa a Julio y Juan Antonio Senillosa, 22 marzo 1906, AS, 2-6-3.

<sup>86</sup> Eduardo Senillosa a Juan Antonio Senillosa, 29 septiembre 1907 AS, 2-6-4.

<sup>87</sup> Véase, por ejemplo, Reginald Lloyd (editor), *Twentieth Century Impressions of Argentina* (Londres, 1911), p. 391; *La Argentina Rural. Retrospecto Anual de Ganadería y Agricultura* (Buenos Aires, 1911), p. 48.

<sup>88</sup> *La Razón*, 28 y 29 octubre 1910, p. 8.

que hacer fortuna, tal vez seas tú el llamado a parangonarlo con tu propia labor... y ayudarme en mi vejez.”<sup>89</sup>

Entre los proyectos de Julio para volver a colocar a la familia en el centro de la élite argentina destaca su breve y fracasada trayectoria como pionero de la aviación comercial. Este proyecto, que pronto se reveló poco menos que impracticable, revela el espíritu abierto al futuro que seguía caracterizando a los Senillosa, y al mismo tiempo la sensación de caída que entonces los embargaba. En 1909, Julio, que continuaba sus estudios en Estados Unidos, entró en contacto con los hermanos Wright, e intentó convertirse en representante de su fábrica de aeroplanos en el Cono Sur. “Tu ya sabes –Julio le escribía a su hermano Juan Antonio a la vez con angustia y entusiasmo– el valor de una nueva sensación, y lo que significa el poder controlar aunque menos sea una máquina.”<sup>90</sup> Julio anunciaba que pronto podría estar en “Buenos Aires, volando sobre la cúpula del Congreso”. Para ello les solicitó a sus hermanos ayuda para comprar la patente de Wright. Julio sostenía que “no dudo que con ese Sport (deporte) conquistaríamos el aire, la banca y la sociedad.”<sup>91</sup> Poco más tarde volvía a insistir en que la aviación les daría “fama, no tan solo como aviador, también como hombre de negocios, rindiéndonos buen dinero la construcción y venta de aeroplanos, y como el *box* le dio reputación más posición a Jorge Newbery, la aviación, mucho más noble y científica, nos aportará, nombre, posición y fortuna... Te imaginas los reportajes y su efecto tanto aquí como en esa? Te imaginas el mundo de bien que eso aportaría, no solo a ti y a mí, pero a toda la familia?”<sup>92</sup>

Julio ponía un proyecto novedoso al servicio de un objetivo muy tradicional: impulsar la expansión de la aviación comercial –una actividad tenida a la vez por vanguardista, científica y prestigiosa– le iba a permitir a la familia recuperar glorias pasadas. Un estudio más desapasionado de los aspectos económicos del negocio le hizo ver que el proyecto estaba fuera de su alcance. Juan Antonio lo llamó a la cordura. “Hubiera sido magnífico que te vinieras trayéndote la agencia exclusiva de los aeroplanos Wright y Farman; Pero... la cosa tenía muchos más bemoles que los que le habíamos atribuido. Wright ha vendido a Alemania en \$ 125.000 oro el derecho a la patente en aquel país, y al llegar a Londres los dos hermanos han declarado que el aeroplano nunca será otra cosa que un equipo militar... nuestra idea de apoderarnos de la agencia de aeroplanos aquí y de traer la novedad... era demasiado prematura, sino del todo imaginativa... Cuando tu tengas mi edad, para entonces ya habránse producido todos los progresos de la aviación.”<sup>93</sup>

Las apreciaciones de Juan Antonio Senillosa eran justas. El primer vuelo comercial argentino no se realizó quince (la diferencia entre Juan Antonio y Julio) sino veinte años más tarde, en 1929. Para entonces, los hijos de Pastor hacía tiempo que se veían como una de las familias “que han caído en menos.”<sup>94</sup> En 1915, Julio parecía tener más

---

<sup>89</sup> Pastor Senillosa a Julio Senillosa, 1 febrero 1909 AS, 2-6-6.

<sup>90</sup> Julio Senillosa a Juan Antonio Senillosa, 1 marzo 1909, AS, 14-4-5.

<sup>91</sup> Julio Senillosa a Juan Antonio Senillosa, 27 enero 1909 AS, 14-4-5.

<sup>92</sup> Julio Senillosa a Juan Antonio Senillosa, 18 febrero 1909 AS, 14-4-5.

<sup>93</sup> Juan Antonio Senillosa a Julio Senillosa, 19 mayo 1909, AS, 14-4-5.

<sup>94</sup> Eduardo Senillosa a Julio Senillosa, 18 mayo 1914, AS, 14-4-5.

posibilidades de hacer fortuna enamorando a una joven de la familia Pereda, “muy sencilla y rica”, que en esos momentos viajaba por Estados Unidos, que con sus proyectos de aviación comercial<sup>95</sup>. Para esos años, los problemas económicos de la familia se habían acentuado, pues el estallido de la Gran Guerra los afectó severamente. Con la interrupción de la actividad exportadora, los Senillosa vieron reducidos sus ingresos, mientras que sus gastos, y en especial sus deudas, no se contraían en igual proporción<sup>96</sup>.

Sus dificultades, de todas maneras, deben ponerse en perspectiva. Aun en estos años de lo que veían como intensas privaciones, y en un país en el que la fuerza de trabajo nunca había sido barata, todavía mantenían ocho sirvientes en la casa<sup>97</sup>. Por otra parte, los Senillosa seguían siendo reconocidos como parte del mundo de la élite. En 1918, por ejemplo, Julio, de regreso en Argentina, era rápidamente aceptado como socio del Círculo de Armas, probablemente el club más exclusivo de la república. Ello quizá contribuyó a que, a pesar de sus crecientes estrecheces, los Senillosa encontraron muy difícil adaptarse a un estilo de vida más modesto que el que por décadas acostumbraron llevar. Así, no sorprende que sus gastos pesaran cada vez más sobre un ingreso menor, comprometido por una fuerte deuda hipotecaria. Desde esos años, los Senillosa debieron deshacerse de bienes a un ritmo cada vez más rápido. En 1919 ya se habían desprendido de la cabaña San Felipe. Tres años más tarde volvieron a vender tierra<sup>98</sup>. A mediados de la década de 1920 los Senillosa lograban conservar apenas 1.000 hectáreas de la estancia y la mansión familiar de la calle Parera, pero su situación era particularmente complicada. En 1925 Guillermo instaba a sus hermanos a no sacar “bronces ni otro objeto con rumbo a empeños ni ventas. Mamá desde lejos corre con los sueldos del servicio y con el mercado, luz y teléfono. Lo necesario esta todavía a salvo.”<sup>99</sup>

Para entonces, la historia de los hijos de Pastor Senillosa ya era la historia de una familia que conservaba el recuerdo de un pasado eminente y que mantenía sus vinculaciones con la élite social, pero que se confundía con las clases medias altas. Hacia fines de la década de 1910, casi todos ellos vivían del fruto de su propio trabajo, o de rentas muy magras. En esos años encontramos a Ernesto como gerente de un banco, a Carlos como comerciante de frutos, a Eduardo en diversos negocios rurales, y a Guillermo como geólogo en el Ministerio de Agricultura. Roberto ocupaba un sillón en el directorio de Obras Sanitarias de la Nación, que luego cambió por otro en el directorio de la Lotería Nacional<sup>100</sup>. Julio, por su parte, se ganaba la vida como arquitecto. Sara se había casado en 1909 con Mario Carranza, un abogado de abolengo y prestigio profesional (tenía entre sus clientes a grandes empresas frigoríficas), pero sin un patrimonio de consideración. Carranza murió joven, y dejó a su esposa sin medios para sostener una vida de clase alta, por lo que Sara debió mantenerse gracias a rentas cada vez más menguadas. Otro tanto sucedió con sus hermanos Juan Antonio y Mabel, que permanecieron solte-

---

<sup>95</sup> Ernesto Senillosa a Julio Senillosa, 12 septiembre 1915, AS, 14-4-5.

<sup>96</sup> Mabel Senillosa a Julio Senillosa, 15 noviembre 1914, AS, 14-4-5.

<sup>97</sup> Mabel Senillosa a Julio Senillosa, 24 julio 1917, AS, 15-4-6.

<sup>98</sup> M. G. Basavilbaso, *Las cabañas argentinas* (Buenos Aires, 1919); *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Provincia de Buenos Aires* (1922), p. 1321.

<sup>99</sup> Guillermo Senillosa a sus hermanos, 2 abril 1925, AS, 15-4-6.

<sup>100</sup> *La Nación*, 19 julio 1937.

ros, y ocuparon su tiempo en distintas empresas culturales. Mabel fue autora de un diccionario biográfico de músicos argentinos, y Juan Antonio, un intelectual poco sistemático, dio a la imprenta numerosos trabajos, entre los que destacan sus cinco tomos de *Ensayos y memorias* que dan cuenta de sus principales intereses: la defensa de la cultura laica y la denuncia del catolicismo, el panamericanismo, el eugenismo y el higienismo, la historia y la política argentinas<sup>101</sup>. Felipe G. administraba sus propias tierras y las que su mujer había aportado al matrimonio, pero en muchos aspectos su historia no se distingue de la de sus hermanos, pues para él también el trabajo profesional y la economía urbana se convirtieron en la fuente principal de sus ingresos. De modo comprensible, el rastro de los otros hermanos se vuelve más tenue con el paso del tiempo, en especial cuando, tras la muerte de Pastor, la familia gradualmente dejó de funcionar como una unidad económica y social. A fines de la década de 1930, los Senillosa perdieron su gran casa familiar y donaron al Archivo General de la Nación los papeles que por más de un siglo habían recolectado con notable conciencia de su singularidad. Con este gesto que volvía pública su vida privada, esta familia excepcional daba un último testimonio destacado de su paso por la vida argentina.

## V. Los Senillosa en perspectiva

La historia de Felipe Senillosa y sus descendientes ofrece un punto de mira privilegiado para entender la trayectoria y las transformaciones de la clase propietaria argentina en el siglo XIX. Podría argumentarse que los Senillosa no resultan un ejemplo típico de este grupo social, pues algunos de ellos perdieron su lugar entre la élite argentina en un momento relativamente temprano, antes de que la Gran Depresión golpeará con dureza a las principales fortunas territoriales del país. Esta objeción, sin embargo, sólo puede fundarse en una imagen excesivamente estática de una clase social. Y ello no sólo porque los descendientes de Pastor Senillosa no fueron los únicos miembros de la élite que perdieron posiciones a lo largo de este período: las familias Baudrix, Santa Coloma, Arana, Lezama, Casares y otras presentan ejemplos de trayectorias igualmente declinantes. Mas en general, la movilidad social descendente (así como la ascendente) resulta un fenómeno característico entre las élites socioeconómicas de las sociedades capitalistas, en Argentina y en otras partes. En este sentido, lo que parece extraordinario es, precisamente, la estabilidad. En 1906 Pastor les recordaba a sus vástagos que “no son hijos de Vanderbilt”. Pero incluso si lo hubiesen sido, su fortuna no hubiese sobrevivido a los avatares de medio siglo de historia. Como recordaba W. Rubinstein hace más de veinte años (antes de que las fortunas erigidas gracias a la informática volvieran a recrear el mundo de la gran riqueza estadounidense), “en verdad son pocas las fortunas que permanecen intactas —y menos aún las que se incrementan— 50 años después de la muerte del gran empresario fundador... Si los \$ 100 millones de Vanderbilt de 1877 se hubiesen mantenido intactos y hubiesen sido reinvertidos en los sectores líderes de la economía

---

<sup>101</sup> Mabel Senillosa, (con prólogos de Ernesto de la Guarda y Carlos Vega), *Compositores Argentinos* (Buenos Aires, 1954); Juan A. Senillosa, *Ensayos y memorias*, 5 tomos (Buenos Aires, 1924).

norteamericana, un siglo más tarde su tamaño estaría más allá de todo cálculo. En cambio, la propia dinastía Vanderbilt ha desaparecido del grupo de los verdaderamente ricos.”<sup>102</sup>

La historia de Felipe Senillosa ilustra bien algunas de las vías de ascenso económico y social abiertas por la independencia. El fin del orden colonial y la crisis de sus grupos dominantes ofrece el fondo sobre el cual se recorta su rápido ingreso en los estratos superiores de la sociedad porteña. La destrucción de la relación colonial, que golpeó duramente a la élite virreinal, y la veloz expansión agraria y de la frontera productiva que tuvieron lugar en la pampa con la apertura al mercado mundial. El Río de la Plata independiente generó así condiciones que hicieron posible trayectorias como la de Senillosa. El ascenso hasta el centro del mundo social porteño de este inmigrante desprovisto de capital económico revela cuan abierta y porosa era esta élite en la primera mitad del siglo XIX, y cuan dispuesta se encontraba a aceptar la incorporación de hombres nuevos que habían logrado abrirse camino por sus propios medios. Los saberes ilustrados de los que era portador seguramente le sirvieron para escalar algunos peldaños en la sociedad rioplatense, pero su éxito económico parece decisivo para explicar su afianzamiento en el mundo de las élites. En este sentido, la trayectoria de Felipe Senillosa debe entenderse en el marco del proceso de recomposición de una élite social que renovaba los fundamentos a partir de los cuales reclamaba reconocimiento social, y cuya supremacía se basaba, cada vez más crudamente, en el poder económico.

Este exiliado de la Europa restaurada se contó entre los nativos e inmigrantes que rápidamente escalaron posiciones gracias a las oportunidades creadas por el proceso de expansión ganadera que sucedió a la apertura plena del Río de la Plata al mercado mundial. A poco de arribar, Felipe comenzó a orientar sus magros ahorros hacia la producción rural. Senillosa no contaba con capital pero en cambio sí poseía destrezas entonces particularmente valiosas: conocimientos, información y contactos. Senillosa conocía como pocos las nuevas tierras de frontera que el estado independiente estaba transfiriendo al dominio privado, y esto, junto a sus aceitados contactos con los gobernantes del estado independiente, lo colocaron en una posición privilegiada para adquirir tierras públicas, dándole el empujón inicial para construir su fortuna, que a poco andar se desplegó en distintas esferas. La reducida inversión inicial necesaria para establecer una empresa rural le permitió la adquisición y puesta en explotación de importantes extensiones de tierra antes de que, hacia el último tercio del siglo, ésta comenzara a aumentar aceleradamente su precio. Este aspecto de la historia de Senillosa nos remite a otras historias similares, como las de Simón Pereyra, Manuel Guerrico o los hermanos Anchorena. Para todos ellos, una estrecha vinculación con el estado en la primera mitad de siglo —como proveedores del ejército, como compradores de tierra pública, como prestamistas— favoreció la adquisición de vastos imperios territoriales, que sostuvieron su éxito económico por muchas décadas. Así, pues, si bien la historia de la primera mitad del siglo XIX pone de manifiesto la creación de una élite cuya supremacía se funda, más que en cualquier momento del pasado, en su superioridad económica, conviene señalar que, en el caso de Senillosa (pero no sólo en éste), una relación próxima con el estado inde-

---

<sup>102</sup> W. D. Rubinstein, "Introduction", en Rubinstein (editor), *Wealth and the Wealthy in the Modern World* (Londres, 1980), p. 27.



pendiente parece haber sido si no esencial, al menos particularmente ventajosa para erigir o consolidar su fortuna.

La Revolución no trastocó completamente el mundo de las élites. El primer Senillosa en arribar al Plata vivió en una sociedad en la que las nociones de prestigio atribuidas a las actividades económicas que habían sido corrientes a principios del siglo XIX difícilmente pueden considerarse muertas. Es por ello que, pese a haber erigido una fortuna diversificada pero con una fuerte base en la tierra, el ingeniero Senillosa se percibió hasta el fin de sus días como una criatura urbana, y como un comerciante antes que como un estanciero. Como hemos sugerido en este trabajo, no se trataba de un caso aislado. Así también lo indican las reminiscencias del más conocido de los sobrinos de Rosas. En sus memorias sobre sus años juveniles en el Buenos Aires rosista escritas hacia el cambio de siglo, Lucio V. Mansilla recordaba que “ser tendero, o tener almacén de loza, por ejemplo no era industria que disminuyera socialmente. Muchas de las familias que ahora figuran con más viso, cuenta entre sus fundadores caballeros de lo más decente que manejaron la vara de medir, con integridad, o vendieron agujas y alfileres, o palanganas y algo más, o cacerolas y estoperoles.”<sup>103</sup> En este contexto, es dudoso que pueda hablarse de la existencia de una élite que se reconociese, y fuese reconocida, como terrateniente.

Los hijos de Felipe, que alcanzaron la madurez entrada la segunda mitad del siglo XIX, pertenecen a otro momento histórico. Las figuras de Felipe B. y Pastor reflejan la sustancial transformación económica, pero también cultural, que las clases altas porteñas experimentaron en el último tercio del siglo XIX. Estos Senillosa se desempeñaron en un contexto económico marcado por un acelerado proceso de valorización de la propiedad rural, al que respondieron especializándose en las actividades agrarias y profundizando el proceso de inversión en las estancias que habían heredado. Ello les permitió mantener la posición que su familia había alcanzado en la élite porteña de la primera mitad del siglo XIX. Estos hermanos se contaron entre los estancieros progresistas más destacados de su tiempo, y fueron terratenientes de un modo que nunca lo había sido su padre. Esto se debe en parte a que, a diferencia de su progenitor, Felipe B. y Pastor organizaron empresas centradas en la producción agraria, desligándose progresivamente (Felipe B. más rápido que Pastor) de toda participación en los circuitos de financiación y comercialización. La emergencia de la figura del moderno empresario rural en Argentina aparece ligada a nombres como el de estos hermanos, y al contexto en el que les tocó actuar. Quizás por primera vez en su historia, entonces la clase alta logró constituir un modelo de actor económico –el terrateniente modernizador– que aparecía dotado de claros rasgos positivos, y de amplio reconocimiento social. La comparación de la trayectoria de Felipe Senillosa con la de sus hijos testimonia bien este proceso de recreación de la identidad de la élite porteña que tuvo lugar en las décadas finales del siglo XIX, en el que se destaca la consolidación de la figura del gran terrateniente en parte como producto de una realidad económica transformada, y en parte como resultado de una construcción cultural. En este sentido, si el concepto de clase terrateniente puede tener algún lugar legítimo en el análisis de la sociedad Argentina, este debe calificar a la élite de las décadas finales del siglo XIX y primeras del XX.

---

<sup>103</sup> Lucio V. Mansilla, *Mis memorias. Infancia, adolescencia* (París, 1904), pp. 147-148.

Felipe B. y Pastor fueron figuras caracterizadas entre la élite socioeconómica, en primer lugar, por su trayectoria como empresarios modernizadores y como voceros de los intereses del sector rural. También lo fueron por su participación en emprendimientos políticos y culturales de diverso tipo, así como en instituciones estatales vinculadas al sistema financiero y bancario. Los hermanos Senillosa se contaron entre los miembros de la clase alta que, fieles al espíritu democrático y republicano, denunciaron las insuficiencias del orden oligárquico finisecular, y que lo hicieron animados por la convicción de que el avance por el camino de la democratización no implicaba una amenaza a los privilegios de las clases propietarias. Al mismo tiempo, sus biografías dan cuenta de una actitud no menos habitual entre la élite socioeconómica de ese período: sus diferencias con un orden que se resistía a democratizarse no fueron obstáculo para que ocuparan lugares de importancia en instituciones tan esenciales al funcionamiento de la economía argentina como el Banco de la Nación o la Caja de Conversión. Algunas inquietudes de Felipe B. también ilustran una corriente de pensamiento presente en la Argentina de la segunda mitad del siglo XIX, como la denuncia del catolicismo. Estas ideas concitaron menos interés que sus escritos sobre problemas rurales, y seguramente recibieron una atención más distraída de parte de una élite en la que la pasión religiosa (o anti-religiosa) no parece haber sido particularmente intensa. Incluso podría argumentarse que este aspecto de la historia de Felipe B. habla más de la peculiaridad de la familia Senillosa que del grupo social con el que se identificaba. Y otro tanto podría decirse de la notable generosidad con que su sobrina sirvió la causa de la Iglesia. Al fin y al cabo, Adela Harilaos fue quizá la mayor mecenas que la Iglesia Católica argentina pudo reclutar en la primera mitad del siglo XX, y tal vez en toda su historia.

La trayectoria de los hermanos Felipe y Pastor Senillosa ilustran el proceso de emergencia y consolidación de la identidad terrateniente en el último cuarto del siglo XIX, y ofrecen testimonio del progresismo que la animaba en su momento de esplendor. La de su prima Adela, en cambio, nos alerta sobre los rasgos más parasitarios de la élite terrateniente argentina, que se hicieron especialmente visibles entrado el siglo XX. Adela disfrutó de una de las mayores fortunas territoriales de la Argentina. Aunque algo más modestamente, sus primos Mayol también gozaron de una vida dorada, basada en la renta de la tierra, por lo que no extraña que hasta el fin de sus días en la segunda mitad de la década de 1920 se describieran alternativamente como "rentistas" o "hacendados". En el caso de Felipe Mayol, sus escritos criollistas también ofrecen testimonio de su honda identificación con el mundo rural pampeano. Distinta fue, en algunos aspectos, la trayectoria de Pastor Senillosa y de sus hijos. A comienzos del siglo XX el carácter terrateniente de esta parte de la familia, amenazado por la inminente fragmentación de su patrimonio territorial, se estaba erosionando. Para entonces, el sostenido incremento del precio del suelo en la pampa tornaba imposibles las grandes compras de tierra que caracterizaron al fundador de la familia, o que los Mayol realizaron en la última etapa de expansión de la frontera. Es por ello que, aun cuando consideraban a la inversión rural como segura y rentable, cuando alcanzaron edad adulta estos jóvenes Senillosa se vieron impulsados a ingresar en nuevas esferas de actividad en los sectores secundario y terciario de la economía o a ganarse la vida como profesionales.

Algunos indicios sugieren que esta transformación de la base económica de los hijos de Pastor se acompañó por un cambio de percepción de su relación con la tierra.

Felipe B. y Pastor Senillosa fueron miembros destacados de una élite para la cual la actividad rural aparecía como un elemento definitorio de su identidad. Estos hermanos no sólo poseían sus principales activos en tierra sino que se reconocían, fundamentalmente, como estancieros. Para los hijos de Pastor, la opción por la tierra resultaba, quizá no menos atractiva, pero sí menos viable. En general, los miembros de esta nueva generación mostraron hacia la tierra y la producción rural una actitud de menor identificación que la que caracterizó a sus mayores. Felipe G., a pesar de considerarse “más fisiócrata [sic] que el buen [David], Ricardo”, afirmando que “la tierra se compra, pero no se vende aun a riesgo de comer cáscaras”<sup>104</sup>, ante la pregunta de si su padre debía “dejar de ser estanciero”, respondió que ello le producía “pena, pero me guardaría muy bien de evitarlo.” Y Juan Antonio, por su parte, insistía en las limitaciones de la actividad rural desde una perspectiva civilizatoria que su progenitor hubiese rechazado. Juan Antonio insistía en que las actividades “agropecuarias y agrícolas... no nos levantan el tipo común de las poblaciones del interior”<sup>105</sup>, por lo que era necesario impulsar el desarrollo de nuevos emprendimientos manufactureros. Esta visión sin duda reflejaba su admiración por los logros de la cultura norteamericana. Pero dado que el prestigio de la tierra seguía siendo grande entre la élite argentina (y lo sería al menos hasta entrada la década de 1920), también parece sugerir que Juan Antonio (como también su hermano Felipe G.) percibía que, de una u otra forma, su futuro se iba a encontrar más vinculado al mundo urbano que a la actividad agraria.

En este escenario, los hijos de Pastor Senillosa no fueron tan exitosos como sus mayores, y en definitiva perdieron su lugar en la élite argentina. Este resultado no estaba escrito de antemano. Ciertamente, la percepción de que para comienzos del siglo XX existían mayores posibilidades de lograr una sólida posición económica en la economía urbana que en la rural no parece errada. En rigor, todas las grandes fortunas territoriales de la Argentina fueron construidas en los tres primeros cuartos del siglo XIX, antes de que la era de la tierra barata llegara a su fin. Desde entonces, en especial desde el cambio de siglo, la economía urbana presentaba mejores oportunidades para la acción empresarial. Resulta difícil pensar en una fortuna del nuevo siglo que no haya sido hecha en este escenario. El desarrollo de una pujante economía industrial (y más globalmente urbana) abrió grandes oportunidades para los negocios, que se volvieron más ciertas en la próspera década de 1920, cuando la república experimentó una fuerte expansión, y que se continuaron en la más sombría década de 1930, cuando el sector rural entró en una crisis de la que nunca iba a recuperarse plenamente. Aunque la percepción de los Senillosa sobre las ventajas de invertir en el sector urbano eran justas, ello no era una garantía de éxito, y estos jóvenes carecieron de la suerte o del talento para los negocios necesario para triunfar en ese nuevo escenario. Contra lo que se ha argumentado algunas veces, ello no se debía a que la cultura terrateniente no fuese la más propicia para encarar los desafíos que planteaba la economía industrial. Y ello no sólo porque el impulso para incursionar en la economía urbana les fue dado desde dentro de la propia familia. El marcado interés que en muchos de ellos despertó la sociedad norteamericana indica que estos jóvenes (al igual que generaciones previas de la familia), formaron parte del mun-

<sup>104</sup> Felipe G. Senillosa a Juan Antonio, Eduardo y Julio Senillosa, 27 julio 1905, AS, 2-6-7.

<sup>105</sup> Juan Antonio Senillosa a Carlos Galarce (borrador) 28 octubre 1908, AS, 2-6-5.

do de las clases altas abierto al futuro. Sus novedosas experiencias con la producción industrial, la gastronomía o la aviación comercial son ilustrativas al respecto. Fueron sus fracasos en estos campos los que, en definitiva, sellaron la suerte de los hijos de Pastor Senillosa, y los obligaron a mezclarse, conforme pasaban las décadas, cada vez más con las clases medias altas.